

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 245
ISSN: 0188 - 381X

M
Á
S
A
L
L
Á





punto
de partida

No. 245

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Redacción: Alejandro Arras
Diseño original: Jonathan Guzmán
**Diseño de este número y
dirección de arte:** Anilú Zavala
Difusión: Axel Alonso
Asistencia secretarial: Silvia Rodríguez
Impresión en offset: Litográfica Inframex, S.A.
de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

puntodepartida.unam.mx
puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

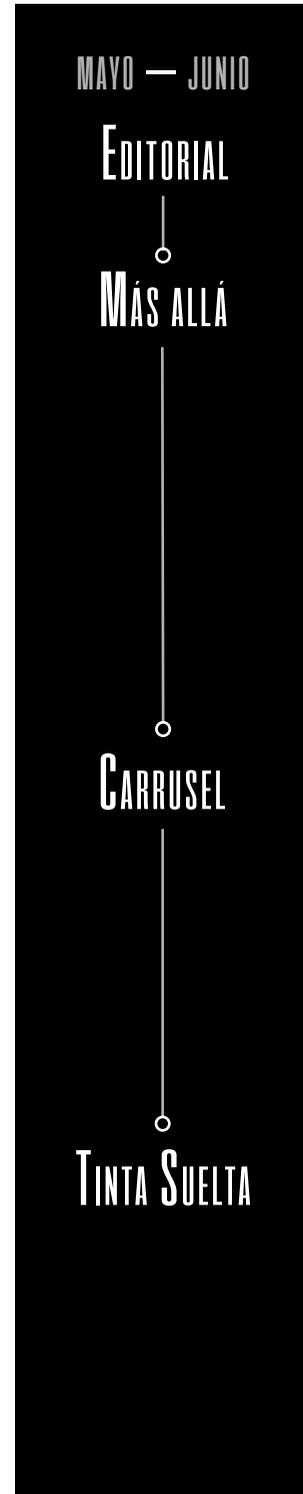
Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en **Punto de partida** recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.



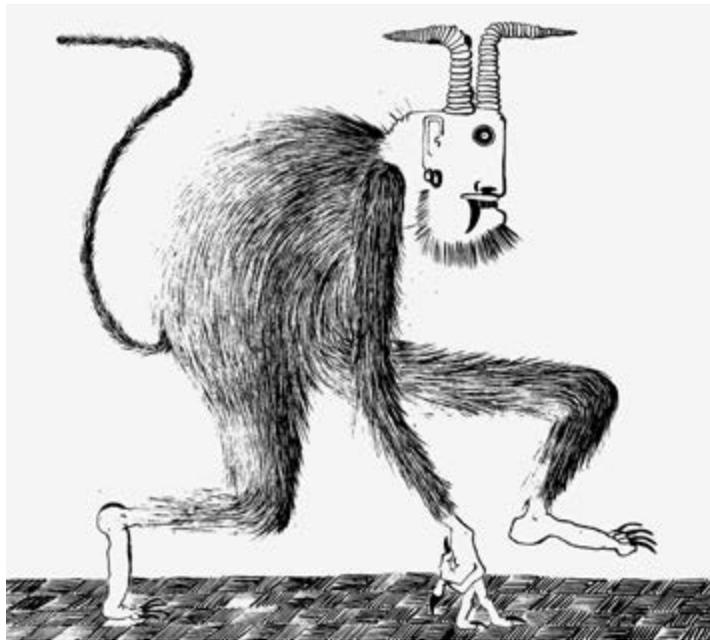
Editorial 5

La espera. Ana Saldaña 8
Mudanzas. Roberto Christian Vázquez 10
Vencer la muerte. Erick Rodríguez 16
Sumi-e. Mario Ulises Maya Martínez 24
La gata dorada. Gabriela García Ramírez 27
¿Parálisis del sueño? Hannah Manjarrez 28
Portales. Ana Basilio 34
Las misteriosas desapariciones de la calle Perejil
Ana María Rojas Mellado 36
Pabellón D, habitación 9. Gustavo Gargallo 40
Serial Experiments I.G.M. Iván García Mora 42
5+1. Sebastián Varo Valdez 46
Lugar común. Pamela de la Rocha 50

Vida y milagros de Guadalupe Dueñas, patrona de lo siniestro.
Eduardo Cerdán 52
*Hola Collage: Siete años rearmando el mundo. Entrevista con
Selene Ramírez.* Alicia Sandoval y Huetzcatzin Cuaya Palma 56
*Idaho de Emily Ruskovich, o cómo el ser humano
es una geografía hostil.* Fabián Tapia Quintero 62
*El último día de la vida anterior: sobre espectros
y desconsuelos suspendidos.* Dayana Campillo 65

Sólo recuerdo los fantasmas. Santiago Moyao 67
Incógnitas de mugre. Trilce Zúñiga Loya. 71

Colaboradores 75



Satya Chatillon

(San Cristóbal de las Casas, 1992). Artista plástica franco-mexicana. Cuenta con una licenciatura en Filosofía por la UNAM, un máster en Filosofía Política y una formación continua en arte. Actualmente vive en París. Imparte talleres con los que propone utilizar el dibujo como una herramienta de exploración personal. [@satyachatillon](#)



© Arthur Bairdet

CONTRAPORTADA



© Dhan Mendoza

Daniela Mendoza (Oaxaca, 1998). Arquitecta e ilustradora. Egresada de Arquitectura por la FES Aragón, UNAM. Se dedica a la ilustración, pintura y cerámica. Expuso su trabajo en la Bienal de Ilustración 2024. [@_____saki.studio](#)



danielle M.

Editorial

LAS RUTINAS QUE ESTRUCTURAN nuestros días, por definición predecibles y donde no cabe la sorpresa son, tal vez, lo que más asociamos con lo cotidiano. Pero seguramente también lo habitual se aburre de sí mismo, y quiere el azar que ocurran desvíos que nos saquen de la monotonía. Por eso para este número propusimos como tema aquello que lo contrarresta: sucesos inesperados, experiencias misteriosas y fuera de lo común. El resultado es este *dossier*, en el que conviven distintos tonos de lo raro: hay quienes se enfocan en sucesos paranormales o irracionales, y quienes conducen el misterio hacia los senderos de lo cómico.

Así, por ejemplo, el tránsito de la vida hacia el más allá es un tema que comparten varios textos: “La espera”, un poema de Ana Saldaña sobre la premonición de la muerte, y el ensayo “Vencer la muerte”, de Erick Rodríguez, que trata el imaginario del acecho a través del tacto y las manifestaciones del inframundo. También el cuento “Mudanzas”, de Roberto Christian Vázquez, en el que cuatro *roomies* lidian con una ola de apariciones infantiles.

En poemas como “Pabellón D, habitación 9” de Gustavo Gargallo y “Serial Experiments I. G. M.” de Iván García Mora, lo cotidiano se quiebra con experiencias que van más allá de lo racional, de lo que sostiene el entendimiento elemental con el que nos movemos en el mundo y nos relacionamos con los demás. Otras autoras tratan experiencias que van más allá del sueño. Hannah Manjarrez, por ejemplo, aprovecha esa aborrecible afección a la que comúnmente nos referimos como “se me subió el muerto” para delatar la angustia que nos da perder el control. O Ana Basilio, quien nos habla de la vigilia y de cifras místicas en los poemas que conjunta bajo el título “Portales”.

Otras colaboraciones van más allá de la luz, ahí donde la oscuridad es la guarida del misterio: Mario Ulises Maya Martínez nos comparte tres haikus que se inspiran en las infinitas posibilidades que pueden emerger de un tintero. Y en “La gata dorada”, cuento de Gabriela García Ramírez, la compañía nocturna de un felino es un atisbo de claridad y calma para un trabajador después de una pesada jornada.

Pero no todo es oscuro en estas páginas. En los cuentos “Las misteriosas desapariciones de la calle Perejil”, de Ana María Rojas Mellado, y “5+1”, de Sebastián Varo Valdez, la inocencia es la cara oculta de dos misterios sin resolver. Finalmente, cerramos esta parte con el poema “Lugar común”, de Pamela de la Rocha, sobre la vida como una exploración interminable de lo desconocido.

En el Carrusel, Eduardo Cerdán hace una magnífica semblanza de —como él la llama— la patrona de lo siniestro: Guadalupe Dueñas. Le sigue una entrevista a Selene Ramírez, a cargo de Alicia Sandoval y Huetzcatzin Cuaya Palma, a propósito

 POESÍA NARRATIVA ENSAYO ENTREVISTA RESEÑA ILUSTRACIÓN FOTOGRAFÍA CÓMIC

de la séptima edición del festival Hola Collage. En Bajo cubierta, Fabián Tapia Quintero reseña *Idaho*, de Emily Ruskovich, y Dayana Campillo escribe sobre *El último día de la vida anterior*, de Andrés Barba.

La parte gráfica de este número también fue una grata sorpresa: dos cómics —algo poco usual— con estilos muy particulares integran Tinta suelta; el primero es de Santiago Moyao y el segundo es de Trilce Zúñiga Loya. El talento no se acaba ahí, a lo largo del número también encontrarán los fantásticos trabajos visuales de Satya Chatillon, Ana Vargas, Laura Daniela Mendoza Lira, Alfredo Ortega y Xochitl Se'wa.

Esperamos que disfruten esta edición. 

Aranzazú Blázquez Menes

MÁS
ALLÁ



La espera

ANA SALDAÑA

Me ha bebido entera,
noche tras noche,
un fantasma.

Durante los últimos cinco años.

Me ha embrujado desde entonces
este hábito de dormir desnuda,
enterrada hasta el cuello
de primavera.

Esta tarde he observado una sombra
flotar sobre la tierra
y arrastrar sus plantas limpias
por un sendero de agua silenciosa.

La luna tiene un olor a hierba fresca,
a tinte de licor nocturno,
a ropa húmeda que cuelga de un lazo.

He mirado cincuenta gorriones
comer migajas
de mis ojos abiertos.

*Este fenómeno ocurre una vez
cada cinco mil años.*

El fantasma tiene
una sonrisa roja en el rostro
y las manos oscuras cubiertas de plata.

*Una boca del tamaño
de cinco mil abejas para devorarme.*

Aguardaré esta noche su llegada,
trémula de espanto.

Puedo escuchar
sus huesos deslizarse
a través del silencio de la madrugada.



Ana Vargas. Túnel



MUDANZAS

ROBERTO CHRISTIAN VÁZQUEZ

LA CERA SE DESBORDÓ de la veladora y dejó un charco con la forma del rostro de un niño de tres o cuatro años.

*

Cuando me despidieron del trabajo, lo primero que me preocupó fue cómo iba a pagar la renta. Felicia me dijo que podía mudarme con ella. Me negué al principio por dos razones: no estaba listo para dar ese paso y nunca me gustó su departamento. Era pequeño y ocurrían cosas. A veces escuchaba risas en el pasillo, aunque sus dos *roomies* estuvieran dormidos. Felicia me dijo que ya se había acostumbrado. “Puedo poner una serie en la lap mientras nos quedamos dormidos”, dijo mientras tendía la cama.

*

Julián era el *roomie* que ponía veladoras, rociaba aceites, dibujaba símbolos de protección en las paredes. Un poco *hippie*, un poco *witchtoker*. Él se dio cuenta de que había algo en el espacio desde que entró. Sintió frío en las yemas de los dedos, tuvo la sensación de tropezarse con algo invisible cada cinco o seis pasos. Tampoco le gustaba que el agua caliente tardara siete minutos en salir de la regadera. “Pensé en perder el depósito, pero estoy súper cerca de la chamba”, me dijo.

*

Felicia decía que Julián y Mariel eran los mejores *roomies* del mundo. Habían logrado que el casero no aumentara la renta cuando le dijeron sobre las apariciones. El casero no estaba sorprendido. Suspiró y les informó que congelaría la renta por lo menos ese año. Con el dinero ahorrado hicieron un fondo común para que Julián comprara cosas: menta, mandarina, limón, lavanda, clavo, canela, romero, rosas y naranja para el agua florida; pulseras rojas, cuarzos, sal de grano, sahumeros e inciensos.

*

Dormí mal las primeras noches. Oía pasos y susurros. Mariel me dijo que prefería vivir aquí que regresar con su mamá y su nuevo novio. Yo hablé con mi mamá, dijo que podía volver con ella en lo que encontraba trabajo. Ella vivía con mi tía y mis primos en un departamento. “¿Dónde voy a dormir, ma?”. Calló algunos segundos. “Vemos, hijo, vemos”.



*

Mariel tenía un gato desde hace tiempo. A las dos semanas de mudarse algo comenzó a arrastrar estambres y pelusas por el suelo. El gato pasaba de jugar a erizarse en un instante. Después de sentir las presencias pasaba días corriendo de las sombras de los muebles, comía poco, orinaba fuera de su caja. Mariel ya había dejado otro departamento porque la novia de alguien ahí era alérgica. Adaptar a una mascota a las mascotas de los otros *roomies* era una cosa de prueba y error por la que no estaba dispuesta a pasar de nuevo. Finalmente, su gato escapó.

*

No importaba cómo dejáramos las veladoras, cada noche sucedía lo mismo. La cera se desbordaba y dejaba un charco en el suelo con la forma de un rostro. Era como si un niño hubiera hecho un molde parcial de su cara y lo hubiera dejado tirado. Las caritas eran diferentes, aunque pude llegar a reconocer algunas que se repetían.

*

Mi primera mudanza fue cuando mis padres se separaron, tenía ocho años. Odiaba levantarme de madrugada para ir al baño. Había que cruzar un patio y la puerta hacía un ruido espantoso. Dormir en un lugar nuevo significa muchas semanas desorientadas: no encontrar apagadores, confundir las llaves u olvidar en qué alacenas guardamos los platos. Cada casa huele diferente; a veces el olor de lo que cocinan los vecinos se mete por las ventanas. A veces el sol golpea la ventana desde el amanecer o no lo hace hasta las cinco o seis de la tarde.

*

Ya no podía con el cansancio. Extrañaba mi antigua cama. Malbaratar ese colchón había sido una estupidez. No se lo llevó la camioneta del fierro viejo sino alguien que me contactó por Facebook Marketplace. Felicia intentó hacerme sentir como en casa usando mis sábanas viejas, me recomendó conservar mi almohada: fue un paliativo nada más. Necesitaba encontrar otro lugar. En el último año todos los departamentos de la zona parecían haber duplicado su precio. Pedían aval, o tres depósitos, o las escrituras de una casa para poder rentar un cuchitril. La búsqueda de trabajo era igual de exitosa.

*

Una mañana me quedé simplemente observando una carita de cera. La veladora era color vino, las velas negras (para desterrar el mal) se habían acabado hacía unos días. Rompí el pedacito en dos. La cera se puso pálida y oí como si un niño gritara a lo lejos. Sentí una tristeza horrible, frío; sentí su soledad. Comencé a tener pesadillas con un niño que caía por unas escaleras que se parecían a las del edificio.

*

Un día encontré a la novia de Mariel dormida en el sillón. Me imagino que Mariel no quiso despertarla cuando se fue a trabajar. Le hice café. Me dijo que, durante la noche, había sentido como si uno de sus sobrinos se hubiera sentado en su pecho. Mariel la había convencido de no salir de madrugada a la calle: no habría transporte hacia su casa hasta dentro de muchas horas. Tomó el café despacio, seguía asustada, me dijo que no quiso volver al cuarto y que la veladora de la sala la hacía sentirse segura.

*

En uno de mis turnos de trapear la sala rompí otra carita de cera. Esta vez comencé a soñar con una niña que se asfixiaba con la comida. Tres días después aparecieron unos zapatos de niño junto a la veladora. Nadie los trajo. Pero esa semana estuvimos muy ocupados con el casero como para investigar de dónde habían salido: no teníamos agua en el edificio y la estufa dejó de funcionar. Le ofrecimos pedir una pipa a la delegación y que nos haríamos cargo de la reparación de la estufa a cuenta de la renta. Dijo que no a todo, que él lo solucionaba.

*

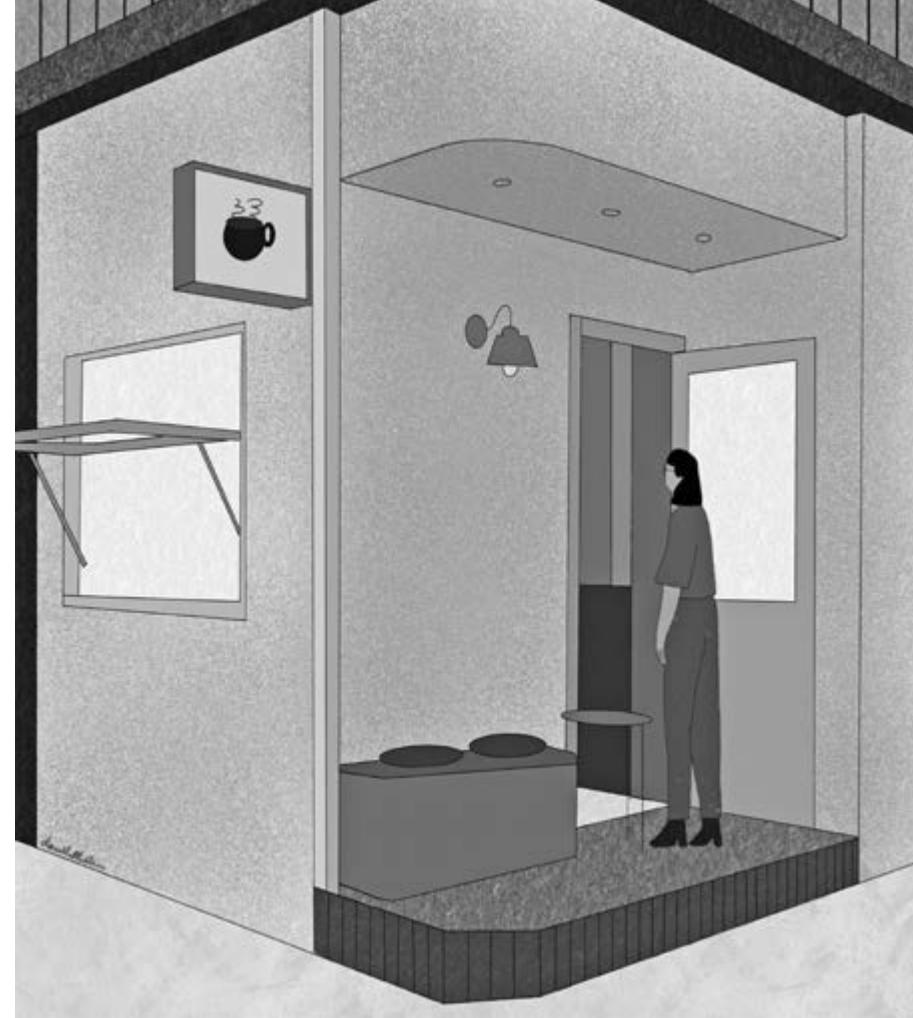
Cuatro días después llegó uno de sus trabajadores; mientras revisaba la tubería de gas sintió dos manitas heladas en la espalda. Tardamos un buen rato en calmarlo. Cuando dejó de hiperventilar nos dijo que le hacía falta un cople y que ya casi no tenía cinta de teflón, que volvía en un rato. Nunca regresó. Tuvo que pasar otra semana para que el casero enviara a alguien más a terminar el trabajo.

*

Además de los zapatitos comenzaron a aparecer otras cosas: pelotas, carritos, muñecas. Los vecinos del departamento de abajo deslizaron una carta debajo de la puerta en la que nos pedían que no dejáramos a los niños jugar de madrugada. Me pareció gracioso porque todos los sábados hacían fiestas que duraban hasta las cinco de la mañana. Felicia bajó a hablar con ellos. “Entendieron rápido cuando les dije que no había niños”. También les pasaban cosas raras, pero se habían enamorado de las nuevas cafeterías y marisquerías que reemplazaron a los antiguos negocios de la zona.

*

Me levanté de la cama por un poco de agua. Eran las tres de la mañana. Vi a alguien dormida en el sillón. Me imaginé que era la novia de Mariel. Pero no, era una niña con un camisón blanco. Abrió los ojos. “¿No me reconoces? Vine a decirte que te vayas”. Estaba paralizado. La voz era vagamente familiar. Siguió mirándome decepcionada. Comenzó a crecer de estatura, su rostro fue envejeciendo. Era mi abuela que había fallecido diez años antes. Su rostro llegó a la edad en la que la vi morir. “Vete, por favor, vete”. La tomé de los brazos mientras se iba encorvando y secando. Grité. Todo se puso negro.



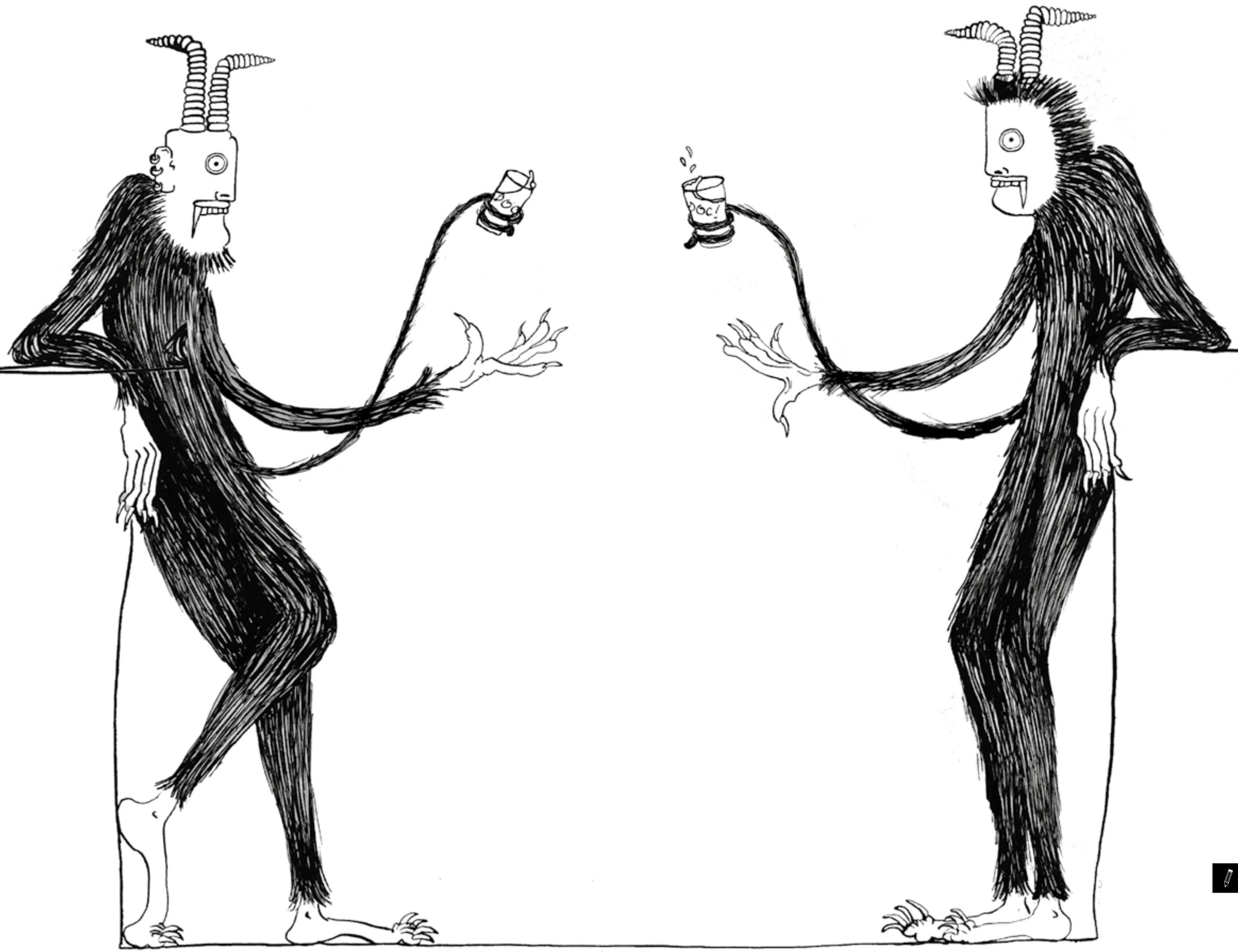
✍️ Laura Daniela Mendoza Lira. *Cafetería II*

*

Desperté en el sillón cubierto de sudor. No podía dejar de temblar. Felicia, Mariel y Julián trataban de calmarme. Comencé a balbucear lo que había sucedido. Guardaron silencio cuando terminé. No supe si me habían entendido. “Vamos a casa de mis papás”, dijo Felicia tras un suspiro. Empacó un par de cosas en una mochila y dijo que volvería por el resto después. Lo entendieron. Ningún Uber quería aceptar el viaje, sus padres vivían a las afueras de la ciudad.

*

El cuarto en el que creció Felicia ahora lo ocupaban su hermana y una prima. Dormimos en la sala. Desperté débil, pero había sido el mejor sueño en semanas. Felicia daba pasos de un lado a otro de la sala midiendo y calculando. Subida en una silla, martilló dos clavos en los muros opuestos. Amarró un mecate y le sobrepuso una cortina vieja. El espacio quedó dividido por la cortina: la sala (ahora más pequeña) y nuestra nueva habitación. Le dije que no podía dejar de pensar en mi abuela ahuyentándome de ese departamento. “Quizás no quería que su bisnieto estuviera en peligro”, dijo mientras acomodaba la cortina. Era su forma sutil de avisarme que estaba embarazada. 🍷





Vencer la muerte

ERICK RODRÍGUEZ

Para Álvaro Álvarez
In memoriam

LA MANO SE ALZA, como si fuera una montaña, a mitad del mar. Fácilmente podría confundirse con un peñasco puntiagudo que impide la circulación de las olas. Nada nuevo en comparación con los mares conocidos: una roca solitaria que resiste, inmóvil, la inmensidad del océano. Pero no es una estructura pétreo. ¿Será acaso de carne esa mano? ¿Estará hecha de la misma materia que los hombres a los que intenta alcanzar? La imagen es hipnotizante; abre el libro en el que Fletcher S. Bassett, marino y escritor norteamericano, se dedicó a recopilar leyendas en torno a los mares y océanos del mundo. Una nao, o quizá una carraca, flota en mitad de la nada. No se observa ningún montículo de tierra en el horizonte ni en las cercanías. Están solos. En ese encuentro están totalmente solos: los marineros de pie en la cubierta; la mano gigantesca detrás de ellos, a sólo unos metros de distancia. La mano pertenece a Satanás. Y si él ha salido a su encuentro, ¿Dios, por tanto, los ha abandonado? Solos. La sensación se acentúa si ponemos atención a la limpidez del paisaje. El diablo ha elegido una noche tranquila para aparecerse. No anunció su llegada con tempestades ni originó temor en sus víctimas con nubarrones y estruendos. La luna, al fondo, atestigua el momento. Es luna llena, la escena se ilumina con su presencia; es una noche despejada. En cuanto al mar, hay movimiento, es cierto, pero la marea no está embravecida; por el contrario, su agitación parece cotidiana. Ni el emerger de la mano ha inquietado las aguas. Es perceptible un ligero viento. Las velas de la embarcación se inflan livianas con la corriente. Si algo abunda en la escena es el silencio y la calma.

Es, ciertamente, una imagen curiosa. Según S. Bassett, fueron los árabes quienes representaron al diablo como un gigante que habitaba las aguas del Atlántico, Mar de las Tinieblas, como se le conocía en el Medioevo. Para apoderarse de los marineros, Satanás simplemente sacaba la mano del agua y tomaba a quienes osaran navegar su océano. La ilustración nos recuerda que en los siglos XIV y XV el diablo incrementaría su poderío y su espacio de acción. La primera imagen de éste, como un ser inferior a Dios, común hasta los siglos XII y XIII, daría lugar a una representación cada vez más aterradora. Lucifer comienza a poblar la imaginación de los europeos como un personaje de gran tamaño que engulle y destroza a los pecadores. En los mosaicos de Florencia, por ejemplo, se le ve sentado, con la mitad de un cuerpo saliendo de su boca, y lo acompañan en su destrucción reptiles y otros seres que lo mismo tragan y persiguen humanos. En la imagen todo es caos. En el corazón de los creyentes también. Con fuerza renovada, Satanás malaconseja, hace tropezar, persigue y atrapa. Sus manos están siempre cerca de las espaldas. El mar incluso, en la iconografía renacentista, da cuenta del poderío del rey del infierno.



Del libro *Legends and Superstitions of the Sea and of Sailors. In all Lands and at all Times* (1885) de Fletcher S. Bassett. Tomado de Internet Archive.



Las tempestades representaban la caída en las pasiones, el peligro de perderse y acabar en las manos equivocadas. El mar enfurecido era el diablo tentando a los viajeros. Una embarcación firme, capaz de salvarse de la fuerza del océano, daba cuenta del buen temple de sus marineros, de la grandeza espiritual de sus hombres. Se esperaba de ellos que pudieran llegar a puerto.

Pero hay, en la imagen del libro de S. Bassett, un detalle que atrapa. No podemos ignorar las características de la mano. No parece, en lo absoluto, monstruosa. No hay nada que indique una futura violencia. Los dedos no se pliegan sobre la embarcación. Las uñas no parecen navajas afiladas. Se asemeja, en todo caso, a una mano humana. Recta, como cuando pedimos a alguien que se detenga; casi triste, como quien advierte, pese a la cercanía, que no ha sido visto y que de nada sirve levantar la mano.

¿Y si, más que querer atrapar a los marineros, Lucifer buscaba ayuda?

*

Es un miedo persistente, incluso en nuestros días, el de ser sujetados. Que una mano aparezca de la nada, nos alcance por la espalda y nos arrastre lejos de nuestro camino. El imaginario del acecho está lleno de personajes indeseables, desde policías hasta secuestradores. Hay otros, como el Tío Sam, que apuntan con el dedo anticipando la captura. Según Elias Canetti, no hay temor más común a los hombres que el de ser apresados por lo desconocido. Y es que en la posibilidad de asir se expresa la animalidad que precede a lo humano. Si en aquel tiempo agarrar se volvió necesario para la supervivencia, con el paso del tiempo esa capacidad se hizo habitual. Se volvió, nos dice Canetti, el rasgo distintivo del poder: se atrapa lo que se desea; se aplasta lo que se detesta.

Mi abuela falleció el 5 de abril de 2017. Una semana antes, en alguna de las noches que la acompañé mientras estuvo internada en el hospital, una de sus compañeras de habitación pedía a gritos dos cosas: una Coca-Cola fría y que llevaran hasta su cama al perro que escuchaba ladrar en los pasillos. Tiempo después me enteré de que la señora había muerto al día siguiente.

*

De pie frente al Tíber, en el lado oeste del río, sobre Lungotevere Prati, se encuentra en Roma la Iglesia del Santo Corazón del Sufragio. Su construcción, a inicios del siglo xx, se debe a un accidente previo. El 15 de septiembre de 1894 se incendió la pequeña capilla que anteriormente ocupaba su lugar. A ese incidente debemos no sólo la nueva iglesia, sino también la colección que en ella se alberga. Una vez apagado el fuego se encontró en el retablo de dicha capilla el rostro de un hombre. Víctor Jouet, el capellán francés encargado del recinto, afirmó que se trataba de un alma en pena; un rostro, no unos labios, que suplicaba palabras para su salvación. Su gesto es conmovedoramente triste: en sus párpados se constata el cansancio; sus ojos parecen vacíos, no se adivina en ellos una esperanza de futuro. Están sujetos al dolor del momento. Como si un ligerísimo y último rastro de vida estuviera por desvanecerse. Un rostro que recuerda al semblante del sediento. Del encuentro con esa aparición, Jouet se comprometió a atender el llamado de los muertos. Viajó por Italia, Bélgica, Alemania y Francia

en búsqueda de objetos que dieran cuenta de su presencia en el mundo de los vivos. Si buscaban clemencia, había que dárselas. Con lo que encontró fundó el Museo de las Ánimas del Purgatorio.

*

Raúl Zurita pregunta: *Padre, ¿usted sufre cargándome?*

*

El 3 de abril, a dos días de su muerte, mi abuela me confesó que ella también escuchó al perro en el hospital.

*

Supone una rasgadura en el mundo. Una apertura que trastoca tiempo y espacio. Los sabios hicieron de la ansiedad común un lugar para la redención. Que sea posible una segunda vuelta. O quizá, mejor, sólo un regreso: un meticuloso recorrido que advierte dónde se han puesto los pies en el primer andar, si se han quebrado ramas o pisado bichos en el acto, y reparar. Es una nueva sala de espera. Una ventanilla previa a la gran sala del juicio final. Pero nos trenzaron, con su creación, a vivos y muertos. Pareciera que todo conduce a un juicio individual. No es así. Ninguna salvación se labra únicamente con la propia mano. La madre cuida que, frente a la fogata, el niño no meta el brazo al fuego. Y si lo hiciera, ¿quién pondría sobre su carne enrojada un pañuelo frío para su recuperación? Nunca es tarde, parecen decirnos, para aliviar la quemadura. ¿Para quién es la prueba, entonces? ¿Para el que yerre o para el que acompaña? Quizá no se trate siquiera de pruebas. Sólo de estar un poco más juntos, un poco menos solos. Reconocer nuestra parte en esto que compartimos. Ante lo inconmensurable de la eternidad, un paréntesis que alivia a los muertos con la boca de los vivos. Hacer de la palabra un compromiso con la purificación del otro. El purgatorio.

*

Antes de morir, según contaba mi abuela, algunos miembros de nuestra familia habían sido visitados por un perro. Algunos lo vieron, otros sólo lo escucharon. Su hermano antes que ella; su madre antes que su hermano; su abuela antes que su madre. ¿De qué podrían ser señal estas visiones? Los nahuas pensaban que para llegar hasta Mictlantecuhtli, el dios de la muerte, y morir definitivamente debían cruzar el gran río del inframundo montados sobre el lomo de un perro xoloitzcuintle. Por ello, cuando alguna persona fallecía, sacrificaban a su perro y los enterraban en el mismo sitio para que pudieran hacer ese recorrido juntos. Desconozco de dónde le vendría la imagen a mi familia o si para ellos tendría algún significado esa visita canina. Otros familiares contaron haber soñado un jardín extenso y asombrosamente verde. A la mitad de aquel campo, una puerta los separaba de sus familiares muertos. Ellos notaban su presencia y saludaban amistosos.

¿Podría decirse algo, a partir de estas historias, sobre la residencia de mi familia en el más allá?

*

Los hombres encontraron una bifurcación en su camino: una vía que se recorre en sentido contrario.

*

Pero hubo también quienes no vieron un perro. Mi abuelo paterno, algunas semanas antes de su muerte, masculló una imagen que me inquieta. “Saquen a la niña”, fue lo primero que pidió. Aquella tarde mis padres, mis hermanas y yo habíamos ido a verlo a su casa. Cuando entramos a su cuarto, pidió que sacáramos a mi hermana menor. “Saquen a la niña”, nos dijo, “limpien la sangre, recojan los cuerpos y luego que regrese”. Para no perturbarlo, mi madre salió de la habitación con mi hermana. “Entran por las paredes”, continuó mi abuelo, “llegan en la madrugada y se golpean hasta matarse. Esos que están ahí son los que vinieron ayer”.

Noche tras noche, mi abuelo vio a dos hombres, de una identidad y una apariencia que desconozco, desbaratarse a golpes. Día tras día, dos cuerpos muertos desde antes de su inmovilidad, con sangre bullendo en sus fauces, permanecieron recostados al pie de su cama.

¿Cómo insertar esta historia en el resto de relatos de mi familia? ¿En qué punto de la geografía del más allá podría encontrarse mi abuelo paterno?

*

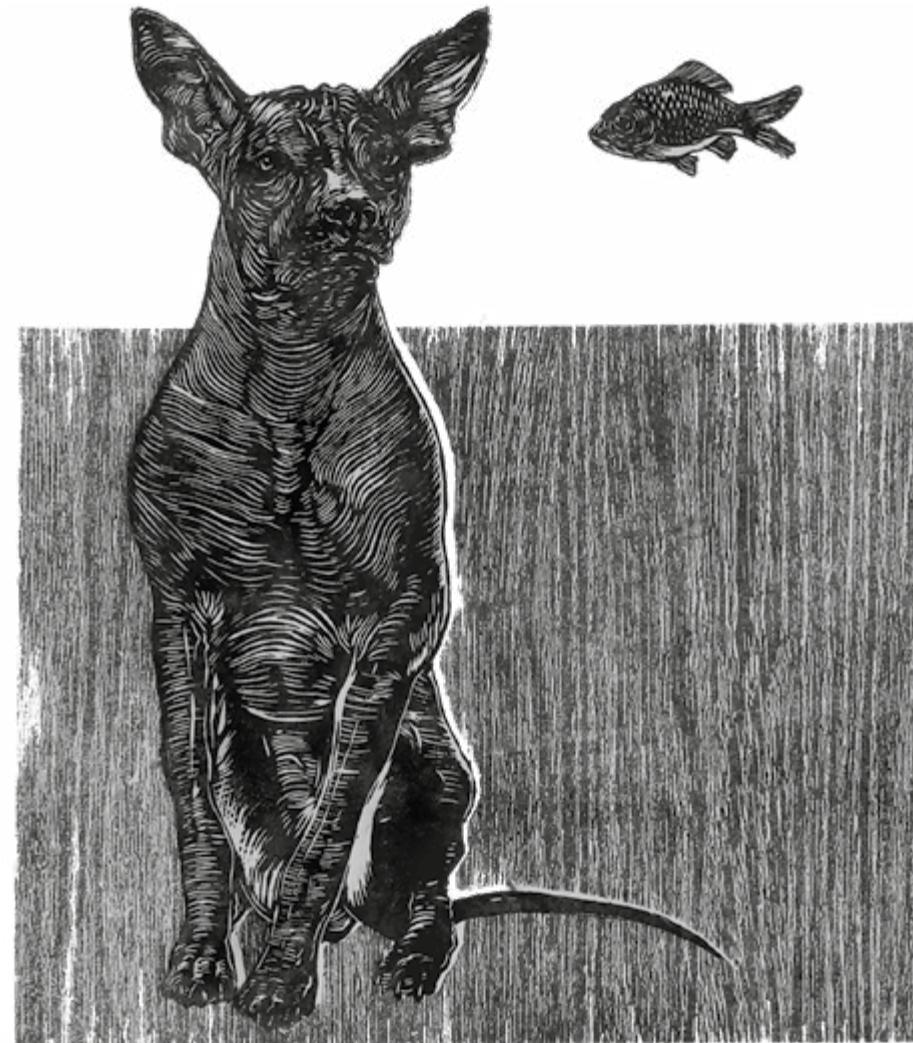
La colección con la que Jouet comenzó el museo, se cuenta, era numerosa. A su muerte, el sacerdote que le sucedió al frente de la iglesia decidió exhibir únicamente aquellas piezas cuya autenticidad fuera incuestionable. De las paredes de la pequeña sacristía cuelgan 15 piezas: libros, fundas para almohadas, pañuelos y algunos otros objetos; todos marcados con la huella de una mano. Para hacerse ver, las almas del purgatorio se valieron de ese fuego que les envuelve y que es tortura y liberación por igual. Con las falanges incendiadas, las ánimas se acercaron vacilantes a los objetos. En algunos apenas recargaron las yemas de los dedos, en otros apoyaron solamente la mitad de la mano. Los objetos, sin embargo, están notoriamente quemados. La profundidad de la quemadura es visible en todos. Las perforaciones en la materia expresan lo que las almas no pueden decir.

*

Y fueron alcanzados.

*

No es más extraña la mano que viene que la que hacemos ir. ¿Pero qué sería lo que la vuelve ajena y amenazante? ¿Su presencia explícita o una reiterada ausencia?



Alfredo Ortega. *Acompáñame al Mictlán*

Y en todo caso, ¿qué pasa con una mano que no está habituada al aterrizaje? ¿Qué hace del cuerpo al que llega? ¿Reconoce las huellas que traza?

*

Recuerdo los ojos de mi padre. Jamás el suyo le había parecido tan desconocido. Esos balbuceos venían del lugar al que se estaba acercando. Y allí no podía ir con él. Su encuentro se volvía cada vez más difícil.

Si mi abuelo estampara una mano en algún objeto, ¿mi padre sabría reconocerla?

*

El lazo está hecho, entonces, de palabras. La oración no es sólo suplica. Es canto que une; arrullo que sosiega. Decir es el instrumento de la comunión, de la cercanía. Quizá desconocer la animalidad de la mano sea un ejercicio que comience en la imaginación. Y entonces habría que ordenar las palabras que suplanten el rasguño. Hacernos próximos mediante el lenguaje. Seguir con la lección, inaugurar el contacto de los cuerpos:

Esto que salta y aparece en sueños
no es el diablo ni ángeles, la muerte.
No sabe cuántas veces una mano
lo persiguió hasta tirarlo cama
abajo. Corre, es solamente un niño,
y no escapa a la mano que es el padre.

Darás peso a tu madre y a tu padre,
pronunció una voz dentro de los sueños.
Pero él apenas carne y hambre, un niño
que comió de otro cuerpo para burlar la muerte,
que hizo de un cóncavo abrazo cama,
que esperaba del mundo la ayuda de una mano.
Él no supo de honras, pero sí de la mano
que se impactó contra su cuerpo. Padre
que no supo llevarlo hasta la cama
ni ayudarlo a poblar de luz sus sueños.
La carne herida se confunde, muerte
que se viste, ridícula, de niño.

Y avanzó por el mundo con su traje de niño
marcado por las huellas de una mano,
tratando de restar de su piel algo de muerte;
cambiando la figura de lo hecho por el padre,
exorcizando manos de sus sueños:
morar sin pesadillas por una vez su cama.

Pero una noche soñó una cama
vacía, no era la cama de algún niño.
Su padre había muerto. Se iba así de sus sueños
como del mundo. Se miró sus manos
y no encontró las manos de su padre;
no heredó instrumentos para provocar muerte.

Sería tarde acudir ya en el lecho de muerte,
cuando su vida calle recostada en la cama.
Hay que salvar, se dijo, del frío la piel del padre.
Lleno de curiosidad, ir a él como un niño,
acariciar su pelo, tenderle ya la mano:
que sea de compasión el nuevo sueño.
La piel, padre, es arcilla donde se crea el sueño
de vencer a la muerte aún siendo sólo un niño.
Toda cama es segura si nos damos la mano. 📍





Sumi-e:

MARIO ULISES MAYA MARTÍNEZ

[Sumi-e]¹

Reino de sombras.
El misterio se esconde
en el tintero.

[Suiboku]²

Sólo son líneas,
pero la negra tinta
lo grita todo.

[Junzi]³

Cuatro pilares.
Los nobles caballeros
son los maestros.

¹ (del japonés). Técnica de dibujo monocromático en tinta negra de la escuela de pintura japonesa. Fue introducida en Japón a mediados del siglo XIV por monjes budistas zen.

² (del japonés). "Pintura a tinta".

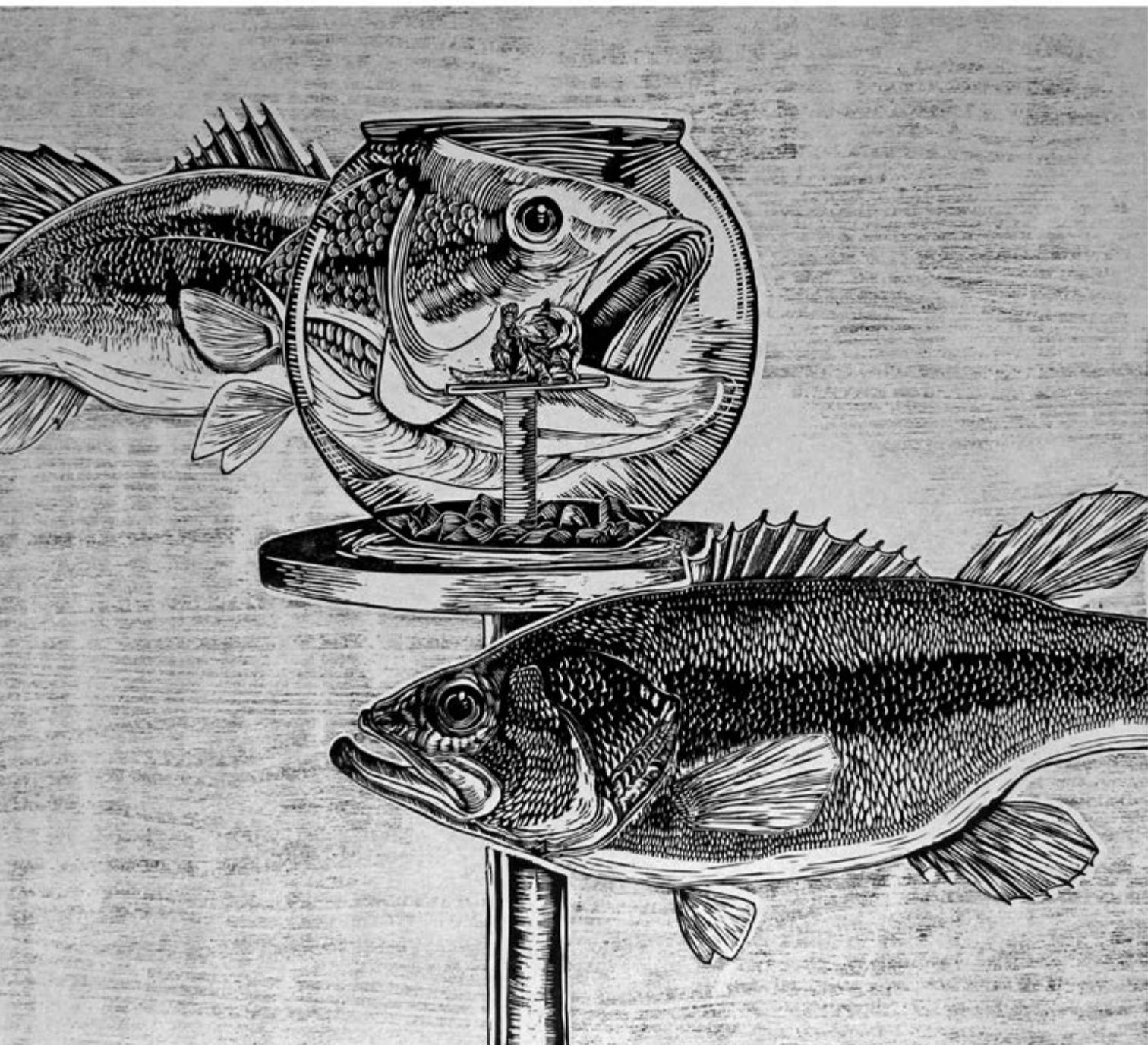
³ (del chino). Los "nobles caballeros" del sumi-e son el bambú, el crisantemo, el ciruelo chino y la orquídea. Representan las estaciones del año y su comienzo. Se considera que el artista domina la técnica cuando es capaz de reproducirlas todas.





La gata dorada

GABRIELA GARCÍA RAMÍREZ



Alfredo Ortega. Aceptación

EL ALUMBRADO DE LA COLONIA es apenas funcional, improvisado como las casas y las calles que debe iluminar. Pasada la media noche, no puede distinguirse lo que hay a más de un metro de distancia. Si alguien se aproxima, él no podría prepararse para reaccionar. Intenta permanecer alerta, pero un arduo día de trabajo pesa sobre sus ojos, encorva sus hombros, reduce su estatura. Ha pasado largas horas de pie, recibiendo y aparcando los vehículos de quienes llegan a cenar. Los viernes, como hoy, su labor es diez veces más agotadora. Los espacios de estacionamiento se agotan rápidamente, por lo que debe alejarse cada vez más y volver caminando para repetir la misma tarea una y otra vez.

Alcanza el último pesero que sale de metro Indios Verdes. Permanece 40 minutos sentado, insuficientes para recobrar su energía, y baja sobre Avenida Central. Solo, aún debe recorrer un par de cuadras. Conoce la colonia de memoria, ha vivido ahí desde que era un niño. Ahora tiene 24 años, esposa y dos hijos. Ya no le teme a los fantasmas ni a las arañas, pero piensa mucho en la muerte, sobre todo en la suya. Todas las noches, cuando camina por esas calles, la contempla como una posibilidad. Está en el cansancio y la desesperanza producto de un trabajo incierto y precario. En las manadas de perros que pasean por los terrenos baldíos y el efecto desolado que producen. En el peligro que encarna la ciudad, cada vez más grande y fuera de control. La noche envuelve y desaparece los cuerpos solitarios que la atraviesan.

De pronto, una gata que camina a la altura de sus pies llama su atención. Muchos felinos habitan ahí, pero pocas veces se les puede ver. Se les oye brincoteando sobre los techos de lámina, orquestando riñas por las madrugadas. Pero esta gata no huye de él, no atraviesa la calle para refugiarse debajo de algún carro; ella camina a su lado, siguiendo el ritmo que él impone. Aún en la más profunda oscuridad puede notar sus

brillantes ojos amarillos, cuya mirada parece contener el conocimiento de más de una vida. Su pelaje, que en principio lucía negro, bajo la tenue y espaciada luz de los faros presume destellos color dorado, como rayos de sol. Cuando él se detiene, ella lo hace. Si él da vuelta en la esquina, ella también. Se pasea con seguridad, no titubea porque no lo está siguiendo, ella conoce el camino y decide acompañarlo.

Él no tiene tiempo de probar esa teoría, es tarde y está ansioso por llegar, pero su compañía le sienta bien. La gata, su guardiana, es un misterio, una distracción que muy pronto ayuda a disipar sus preocupaciones. No sólo hace un esfuerzo para descifrarla, también intenta formular cómo narrará la aventura a sus hijos. Él nunca pronuncia en voz alta el miedo que le produce su recorrido, ni lo cansado y vulnerable que se siente en la oscuridad. Como padre de familia, el firme e inquebrantable que aspira a ser, no caben las dudas ni los miedos. La realidad es que le sobran. Todo el tiempo invertido en el transporte se traduce en un meticuloso repaso mental de deudas y decisiones, de reproches a otros y a sí mismo. Es joven, pero se siente como un viejo que ha dejado de soñar, a quien han rebasado la vida y sus demandas. Sin embargo, esta noche es diferente, la presencia de ese enigmático y singular animal lo desconecta de su forma automatizada de actuar. Por un momento puede jugar con su imaginación.

Cuando finalmente llegan a su casa, ambos se detienen. A modo de agradecimiento, se inclina a acariciar el lomo de la gata y ella recibe el gesto con afecto. Planea dejarla entrar, pero apenas abre el portón, ella atraviesa la calle y se retira en dirección contraria con la seguridad de quien sabe a dónde debe dirigirse. Imagina que habrá más personas que como él, en una ciudad de rutas inseguras, de casas improvisadas, de trabajos inestables, necesiten una compañera como ella: convencida del camino. 🐾



¿Parálisis del sueño?

HANNAH MANJARREZ

*Yacía allí, congelado por el miedo más horrible,
incapaz de mover siquiera mi mano, pensando que
podía hacerlo, pero sin fuerza para desplazarla ni una
pulgada hasta que el horrible hechizo quedara roto.*

F. Scott Fitzgerald

1. Se me subió el muerto

Despertar bajo el denso manto de la noche, donde los sueños se desvanecen con trémulos susurros del pensamiento al haber regresado a la consciencia. La mirada se mueve, pero el cuerpo es un saco de huesos, una marioneta sin hilos que desobedece los mandatos de la mente. Las extremidades sienten el peso de las cobijas y se rebelan ante la orden del movimiento como las cuerdas vocales que guardan silencio ante la urgencia del grito. Ansiedad, miedo, angustia... una presión bestial sofoca el aliento. Segundos que se vuelven meses, minutos que se convierten en años. La ansiedad que se transforma en angustia: el miedo a morir sin resistencia. Temor de no ver de nuevo la luz del día. ¿Estado mental u obra maliciosa de un ente sobrenatural?

Rezar para que el alma no termine de salirse del cuerpo. Recordar aquellas interminables sesiones del catecismo, pero sin lograr evocar la palabra de Dios para encontrar la salvación. ¡Imposible! *Padre María que estás... llena de gracia. ¡Por mi culpa! Creo en un solo Dios, santificado sea tu padre, hijo y espíritu santo. Amén.* ¡Sin escape! Resignación ante la inminente muerte súbita. Los encabezados de los periódicos dirán: "Murió mientras dormía". "Al menos no sufrió", afirmarán los policías luego de leer el informe de la autopsia.

Sentir que la cama se hunde hace intentar, con mayor desesperación, mover el dedo del pie sin éxito. Dirigir la mirada hacia el vacío: *ahí no hay alguien, al menos no que sea visible.* Hacer el mismo intento con la mano. ¡Otro fallo! Sentir la invisibilidad sentada sobre la cama, explorar con su gelidez hasta que se atreve a reptar por la corporalidad aún descompuesta. Carne, un inútil pedazo de carne incapaz de esgrimir defensa alguna. *La pesadilla* de Henry Fuseli, el cuadro se vuelve una realidad. Tocamientos lascivos, estrangulamiento y... ¡se hace la luz!

La madrugada sigue aún en su punto más oscuro, pero se encienden las luces del cuarto. La cacería de un mosquito ha asustado incluso al visitante invisible. El índice logra moverse. Poco a poco vuelve en sí toda la mano, el brazo, la pierna y el resto del cuerpo. Unirse a la cacería de un insecto no parecería tan mala idea...



2. Todo tiene una explicación científica

La parálisis del sueño es la afección que explica la mal llamada experiencia conocida como "se me subió el muerto". Esta condición se asocia a malos hábitos de sueño, lo cual ya no representa una anomalía, sino al contrario, la normalidad para dormir. ¿Habrá alguien que duerma bien en el siglo XXI? La invención de la luz artificial ha traído a la vida una aceleración sin precedentes. Conectados desde que amanece hasta que está a punto de anochecer. ¿Descansar? Uno descansa hasta que se muere...

[¿Y si la pesadilla en realidad es la vida? ¿Y si la verdadera parálisis ocurre al estar despiertos ante la incapacidad de cambiar el rumbo de la existencia?]

Entre las causas que explican este tipo de parálisis se encuentra el estrés (enfermedad crónica y habitual que todos padecemos); no tener un horario regular para dormir (dependemos de qué tan bueno esté el contenido en las redes sociales); no dormir lo suficiente (culpa del insomnio ocasionado por la vida y sus embates) y dormir boca arriba. Otra causa es el famoso *jet lag* (al volar a países en diferentes zonas horarias), aunque no sería lo normal para todo el mundo.

El sueño y sus etapas. Las fases transitan mientras se apaga una parte de nuestro cerebro y se activa otra. La mente del ser humano podría ser vista como un iceberg. El cerebro se hunde en las profundidades del mar, en el inconsciente. El lugar donde Freud afirmaba que se encuentran nuestros deseos, miedos y pensamientos reprimidos. El único espacio donde podríamos afirmar que somos verdaderamente libres (predominaría el "ello"). No sólo se apaga el control remoto de la televisión, sino de nosotros mismos, de la conciencia. No hay deber ser, puro y simple deseo.

[Dejarse llevar en el profundo océano de lo irreal, de lo creado, de lo vivido. ¿Y si el hombre de arena sólo nos trajo sueños, pero por nuestro propio miedo despertamos paralizados ante la posibilidad de volverlos realidad?]

Navegando entre los ciclos MOR y no MOR, el movimiento rápido de ojos, del sueño ligero al sueño profundo. Despertar cuando el cambio entre estos dos estados sucede: ser incapaz de mover un músculo aun estando conscientes. El cerebro ha vuelto en sí, pero el cuerpo permanece en estado MOR: la parálisis. La angustia surge de ser consciente de la incapacidad de mover el cuerpo.

Según la división de salud de Harvard, la parálisis del sueño es una parasomnia que dura entre un par de segundos y algunos minutos. Cuando ocurre un episodio es común que existan alucinaciones que pueden causar miedo y ansiedad. La ciencia explica que incluso pueden sentirse intrusos (que percibiríamos como malignos, demoniacos), sensaciones de opresión en el pecho y hasta la percepción de volar fuera del cuerpo. Según el portal *Sleep Education*, alrededor del 8% de la población ha experimentado un episodio de parálisis del sueño en algún punto de su vida.

[Despertar, ¿pero a qué costo? ¿Y si mejor se encendiera el cuerpo y terminara por apagarse la mente para dar un respiro de la cotidianidad? Perder el control no debería de ser tan malo.]



3. ¿Y si pasó a plena luz del día?

Tenía 16 años cuando falleció mi abuelita. El duelo más fuerte ya había pasado en el último mes. Estaba tranquila, me despedí. La había llorado, y aunque la extrañaba todos los días, me sentía en paz con lo que fuimos la una para la otra. Por fin había llegado el momento de depositar lo que fue su cuerpo en su nueva casa: la Parroquia de Nuestra Señora Aparecida del Brasil (quería que la visitáramos y que no quedara olvidada como el resto de mis ancestros en el cementerio).

No habría misa, pero era hora de aproximarnos a la pequeña ceremonia para depositar sus cenizas. Mamá y yo bajamos las escaleras y nos dirigimos hacia las criptas. Paso a paso, todo era normal hasta que no pude moverme... Un segundo más tarde no podía avanzar; era como si hubiera aparecido una pared invisible, un muro que no veía, pero que sí sentía. Además de ser incapaz de moverme, tampoco lograba hablar... y pronto comenzó una opresión en el pecho.

Luchaba por respirar, por gritar, por tener el control de mi cuerpo. Algo quería entrar en mí, lo sentía. Sólo lograba contemplar las figuras de los santos, más tenebrosas que celestiales. El penetrante olor a incienso obstaculizaba mis esfuerzos por llevar aire a mis pulmones. Más segundos de pánico, un mudo tic tac que parecía eterno. “¡No puedo respirar!” alcancé a decirle a mamá. La presión sobre el tórax aumentó. Pasar al área de las criptas me parecía una misión tan imposible como salvar mi propia vida.

Mamá intentó jalarme hacia atrás, pero no podía: mis pies estaban clavados al piso. Me asusté más. “¡No puedo moverme!” fue lo último que mis cuerdas vocales alcanzaron a esbozar antes de sentir un ardor todavía más fuerte en el torso. Incienso, perversidad en las figuras, una pared invisible, pero sólida e impenetrable... Estaba a punto de desfallecer cuando ella logró llevarme hacia atrás.

Un aliento de vida: recobrar la respiración. La presión fue disminuyendo poco a poco, y pude recuperar la movilidad en mis extremidades. Las lágrimas salieron, estaba muy asustada. Mamá me llevó hacia la entrada para que respirara aire fresco...

¿Una parálisis del sueño estando despierta? ¿Cómo explicaría la ciencia ese episodio? No hubo transición entre fases del sueño. Sentí como si algo o alguien quisiera entrar en mí. ¿Respuesta ante el estrés? ¿Intento de posesión demoniaca? ¿Mecanismo inconsciente por la tristeza? ¿Golpe de algún ente que me impedía el paso? Hasta la fecha no he tenido experiencia más rara que esa. Desde aquel día le temo más a las iglesias que a los cementerios... Lo inusual casi siempre me ha pasado a plena luz del día...

4. Visitas nocturnas

Más de la mitad de los relatos paranormales de mis conocidos son sobre sus experiencias cuando se les ha “subido el muerto.” La incapacidad de movimiento, la dificultad para respirar y hasta el olvido de los rezos son los denominadores comunes en aquellas narraciones. Puede que este fenómeno sólo sea superado en México por el avistamiento o el recuerdo del clamor lleno de remordimiento de *La Llorona*.

Este fenómeno ha estado presente a través del tiempo. En la Edad Media se temía a las visitas nocturnas de demonios a través de sueños sexuales. Incubos (demonios masculinos) y súcubos (demonios femeninos), quizá la más famosa sea la recién revalorada Lilith, nuevo estandarte del feminismo del siglo XXI. Depredadores de mujeres vírgenes o de varones vigorosos, estas entidades satisfacen sus deseos con sus víctimas humanas y hasta llegan a procrear. Inspiración que traspasó fronteras hasta llegar a la aterradora historia hecha libro y película: *El bebé de Rosemary*.

Japón también tiene una explicación para la parálisis del sueño. Se llama *kanashibari* (金縛り) y el pueblo asiático relaciona este fenómeno con la intervención de algún *Yōkai* (妖怪), un espíritu o demonio que ataca a la persona dormida. Este

Xochitl Se'wa. Decepción



Yōkai es asociado con una fémina de edad avanzada, algo muy cercano a lo que se representa en *El fantasma del espíritu de Seigen* de Tsukioka Yoshitoshi.

En Brasil se teme a la visita de *La Pisadeira* (en esencia, significa “la que pisa”), también una mujer anciana con un cuerpo cadavérico que ríe a carcajadas con la boca abierta, enseñando unos dientes putrefactos. Después de cenar y cuando sus víctimas caen en un profundo sueño se posa encima de su vientre y tórax para asfixiarlas. Aunque la persona atacada por *La Pisadeira* logre despertarse, no podrá defenderse ante el ataque porque quedará inmovilizada. A veces, la entidad sólo necesita alimentarse del miedo, otras de la vida. Una moneda al aire...

El nombre y la presentación de la criatura varían alrededor del mundo. En Italia se habla de un sujeto similar llamado *Pandafeche*, y en Laos es el *Dab Tsog*. Aunque la ciencia ha resultado muy explicativa y coherente en cuanto al fenómeno, hay circunstancias en las que un buen descanso no es suficiente para contrarrestar sus efectos. Cuando la solución científica no basta, ¿qué se recomienda? En videos de YouTube, hilos en Twitter (X) o en comentarios en Facebook la gente cuenta que el remedio es claro: rezar antes de ir a dormir.

Cuando se pierde la lógica, no queda más que lanzarse al vacío con la confianza de ser detenidos por la fe en el último momento. En esos instantes de terror es cuando el ateo se vuelve creyente o cuando el creyente se vuelve ateo. Los rezos se olvidan cuando la mente es invadida por el miedo en su estado más puro... colgando en las manos de la divinidad.

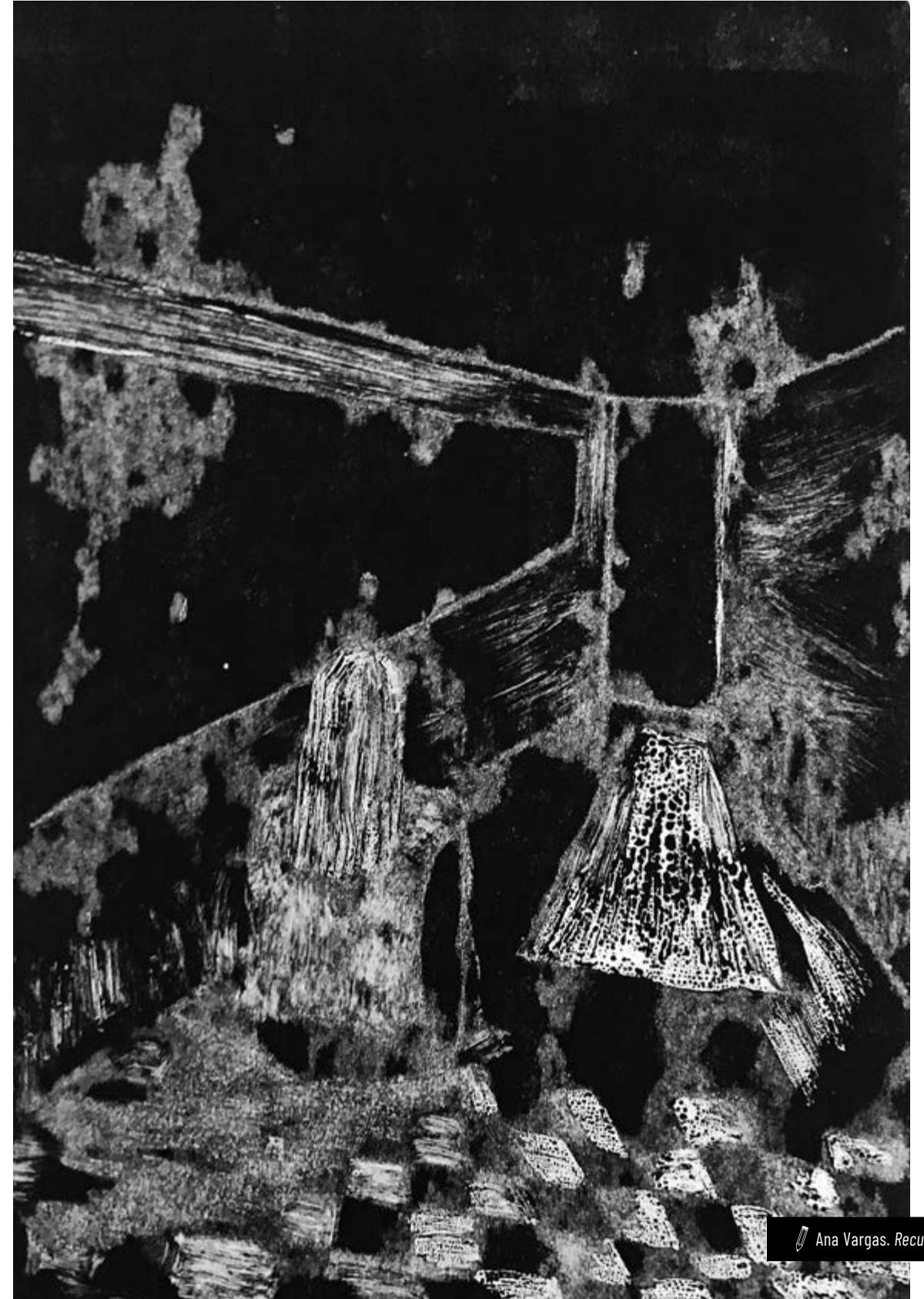
5. El efecto parálisis

Más que temor a que se me suba un muerto, tengo pavor de que se me suba un vivo y me deje paralizada. Delirios de persecución y desconfianza son elementos clave para (intentar) garantizar la seguridad en una urbe tan agitada como la Ciudad de México. Los vivos son tan vivos que a veces ni siquiera es necesaria la parálisis para perder el control del dinero y las redes sociales. Asaltantes, carteristas, extorsionadores, hackers...

¿Y si en realidad el cuerpo se paraliza de otras formas? Perder la movilidad de la mitad del cuerpo con un cosquilleo. O movimientos involuntarios traducidos en violentas convulsiones. La pérdida de la respiración puede ser erradicada con un inhalador o respirador. Paralizarse por beber alcohol u otras sustancias parece la opción más divertida.

Lo raro para alguien que puede moverse es la parálisis. Raro, que va más allá de lo ordinario. Raro, lo inexplicable. Raro, lo que no puede entenderse. Raro, aquello que es ilógico. Raro, peculiar, insólito e infrecuente. Lo raro es todo aquello que no forma parte de lo habitual, de lo cotidiano. *Weird, rare, 酷儿...*

Se podría decir que no a todes “se nos sube el muerto” todos los días. Es un fenómeno raro, y aunque tiene una explicación lógica, la belleza de lo inaudito es explorar el misticismo carente de todo sentido. La parálisis es rara. Más raro aún fue enfrentarme a una parálisis estando despierta y a plena luz del día... Si Dios no estaba en su casa, ¿a dónde fue? Estancada, inmóvil, paralizada, detenida, ¿libre? 📍





Portales

ANA BASILIO

Vigilia

Como un menjurje entre el silencio, el paladar de un almendro se desata. Las ardillas caen de pie, una cama de hojas advierte la música de los vientos. Rebotan contra los vidrios templados los quejidos de las gotas. Un pensamiento marca en equis las ventanas, como si fuera tan fácil revertir el misterio de la naturaleza, el eco invencible que no agrego a lo que puedo saber. Un perro ladra muy fuerte afuera, en el ojo de la nostalgia imagino su nombre. Abro la puerta y soy yo misma. Muerdo mi cola. Adentro el huracán sonrío. Mi ama me llora.

Trescientos treinta y tres

Me dijo, tu nueva vida te costará la anterior.
Verás la cabeza de tu padre caer delante de tu vientre.
Toda tu familia volteará contra ti su rostro
y tu progenitora cantará con mayúsculas
las letras de tu muerte.

Creí y se creó para mí lo efímero de lo que ahora existe,
y no soy más que un Yo,
bailando con las caras de todas las personas
puestas sobre la mía.

Le dije, veo también la infértil espera del espacio,
así como el misterio del fondo del mar
en la superficie salada de la gente que me habita.



Ahora, salivo con fuerza
cuando entra y cae sobre mis piernas la delicada noche,
cuando camina, cuando se va,
con su colita de cianuro despidiéndose de mis ojos,
como quien planea desde el principio su venganza
porque en realidad nunca quiere irse.

Me asusta mi reflejo partido en veintiséis pedazos
en el agua complaciente del charco
que se forma con la llovizna
donde está la parada de taxis.

Cada pedazo de mi cuerpo se busca,
pero ya no existe el mismo espíritu.
La sala está vacía. La casa se ha quemado.
Habito como una pequeña vigía

una cicatriz de ave recién nacida
y tres cabezas de aire.



Las misteriosas desapariciones de la calle Perejil

ANA MARÍA ROJAS MELLADO

EL 20 DE ABRIL, Lucía Pérez dedicó su tiempo libre al aseo de su ropa, como era lo habitual. Aprovechó la tarde para dejar secar al sol las prendas que minuciosamente acomodó en el tendedero de la azotea. El último de los pasos de su faena, que coincidió con el ocaso, consistió en retirar del tendedero su ropa limpia. Fue entonces cuando advirtió la ausencia de sus bragas negras de encaje. Pensó por un momento que era probable que estuvieran entre el resto de la ropa limpia, sin embargo, una vez que la totalidad de ésta se encontró doblada en su sitio en el armario descubrió lo que se temía: los calzones que buscaba no estaban.

Lucía hizo un ejercicio memorístico para intentar recordar cuándo había usado por última vez la prenda. Después de un rato de reconstrucción de los días pasados vino a su mente la información que necesitaba. El viernes anterior había sido la última vez que usó las bragas en cuestión, el mismo día que visitó el apartamento de Andrés. Y aunque Andrés era de su agrado, no sentía la suficiente confianza para preguntarle si ahí había olvidado su prenda. Las probabilidades de que los calzones hubieran sido olvidados en el piso de aquella habitación eran altísimas. Probable era también que ya estuvieran en la basura y, por la misma razón, Lucía decidió no indagar más.

Isabel observa desde su balcón, cada mañana, a Lucía corriendo camino a la universidad. A veces le grita para saludarla, se sonríen e Isabel se mete a su habitación, se peina y coge su mochila para irse a la escuela. Isabel quiere vivir sola cuando sea mayor, como Lucía, para poder librarse de la tiranía materna que la hace bufar más de cinco veces al día. Después de ducharse, Isabel buscó entre el caos adolescente de su habitación sus calzones rosas con estampado de gatito. No tuvo éxito y tampoco valía la pena sumergirse en aquel desorden sin pies ni cabeza. Ni pensar en preguntarle a su madre, pues la regañina se desataría de inmediato. Isabel olvidó e ignoró por completo el incidente.

La señora Irma vive exactamente frente a la casa de Isabel y su madre. La señora Irma dedica varios minutos del día a poner atención a las actividades de los vecinos del edificio para estar al tanto de las novedades cotidianas de aquella vivienda. Salidas, entradas, compras, chismes, decires, guisos, encuentros. De todo podría dar cuenta la señora Irma si alguien le preguntara. Pero ni todo el cúmulo de información que poseía le habría podido causar tal impacto como el que le ocasionó descubrir que una de sus pantaletas no había vuelto en la cesta de ropa limpia que había tenido secándose toda una tarde en la azotea. Luego de pensar un rato y conjeturar sobre dónde podrían haber quedado sus pantaletas llegó a la inevitable conclusión de que alguien las había robado del tendedero. La sola idea le hizo emitir



un gritito de pánico. Qué vergüenza que alguien más tuviera acceso a una cosa tan íntima. ¿Qué habría motivado al ladrón? ¿Le habría descrito a alguien más cómo era la prenda? O peor aún ¿la habría mostrado a otro? Eso podía, ¡ay, ni Dios lo quiera!, ni Dios lo quiera, haber excitado al ladrón. ¿Y si su marido se enteraba de que en aquel momento alguien más tenía la ropa interior de Irma? Santo Cristo.

Esa noche, Irma no pudo dormir por la preocupación de las bragas perdidas. Al día siguiente, fueron sus ojerías las que la delataron con Cuquita, la portera, quien no pudo evitar preguntarle qué estaba sucediendo. Irma lo pensó un rato, ya sabía cómo era la gente del edificio, siempre metiéndose en lo que no les importa y lo que menos quería era que su desgracia se hiciera de dominio público ¡Qué horror ser la comidilla! Pero también tenía que contarle a alguien lo que le había sucedido, para sentirse más tranquila de algún modo.

—¡Qué cosa tan espantosa me cuentas, Irma! Definitivamente tenemos que tomar cartas en el asunto. En este edificio sólo vive gente decente, y si alguien más está entrando aquí, alguien de malas mañas, ¡ay!, ¡no quiero ni imaginarme a todo lo que nos exponemos, sobre todo las criaturas! Mañana mismo voy a convocar a una junta para resolver de una vez esto.

—¡Ay no, Cuquita! ¿Cómo crees? Si justamente lo que yo no quiero es hacer un escándalo de esto, ¿no ves que me da muchísima pena que se entere todo mundo? T o d o m u n d o.

—No digas locuras. Pena debería sentir el ratero. Tú quédate tranquila que diré que el testimonio de la vecina afectada quedará en el anonimato. Además entenderás que es lo que me toca al ser la responsable del bienestar de todos aquí. No te preocupes, sólo voy a convocar a las mujeres porque este asunto es muy delicado.

La noticia de la junta de vecinas se difundió rápidamente en el edificio del número 32 de la calle Perejil. La portera tuvo a bien comunicar a las vecinas que la junta, a la que sólo podrían asistir mujeres, sería para tratar "asuntos varios" del edificio. ¿A qué se refería Cuquita con "asuntos varios"? Muchas fueron a la junta arrastradas por la curiosidad, y otras tantas animadas porque sólo irían mujeres, y así sí se podía hablar. El caso es que todas las vecinas estuvieron presentes. Los hombres del edificio no se cuestionaron demasiado por aquella junta que los excluía, pues al contrario, se sintieron agradecidos por la tarde libre y por quedar exentos, en esta ocasión, de uno de los sermones sin fin de Cuquita.

—Gracias a todas por venir a esta junta —comenzó Cuquita. Las he llamado porque un penoso incidente ha sucedido, un incidente tan penoso que sólo podíamos tratarlo entre mujeres. Un ladrón desconocido tuvo la asquerosa idea de robarle los calzones a una de las mujeres que vive en nuestro edificio. No diré el nombre de la vecina afectada para no causarle más pena de la que ya ha tenido que pasar. Si las llamé es para pedirles que estemos alertas y que nos cuidemos entre todas. También, si alguien tiene información que nos ayude a resolver este caso, es el momento de expresarlo.

Silencio. Caras de sorpresa. Después vinieron los cuchicheos, las exclamaciones. Había quien miraba en todas direcciones como si ahí mismo fuera a estar presente el culpable y en algún mal momento terminaría por delatarse. Pero eso no pasó, lo que sí ocurrió fue que una primera valiente contó su testimonio. Era Julia, la del 9,



Xochitl Se'wa. Avanzar

la mamá de Roberto y Alberto, unos gemelos que todos los días se adueñaban del patio y causaban alboroto con sus juegos. Julia contó que desde hacía ocho días había perdido un sostén que se estaba secando en la azotea.

Después de la confesión de Julia vinieron un par más, incluida la de Isabel, a quien su madre miraba aterrizada mientras hablaba de la desaparición de sus calzones de gatito. Después habló Lucía y contó que también había perdido unas bragas. Hasta Irma, que había jurado sentir tanta pena, se animó a hablar para no perder el protagonismo que siempre le gustaba tener en los asuntos del edificio.

Terminada la ronda de los testimonios, la señora Alicia se levantó, apacible y solemne, para tomar la palabra, como el detective que ha logrado conectar las pistas para atrapar a un criminal:

—A todas luces, después de haber escuchado sobre las terribles desapariciones de la ropa interior de las vecinas de nuestro edificio, podemos deducir que el asunto es más grave de lo que Cuquita se imaginó. Esto es obra de un maniático sexual que tiene un fetiche con la ropa interior femenina recién lavada, y por eso ha hallado en nuestros tendederos el lugar ideal para saciar sus apetitos.

Todas se quedaron estupefactas. ¿Quién sería la próxima víctima? Mejor deberían renunciar al placer de secar la ropa al sol, por su propia seguridad. ¿Y si el maniático tenía más fetiches? Cosas muchísimo más graves que las pusieran en un riesgo inminente. ¡Ni pensarlo!

Finalmente, la junta de vecinas tomó dos resoluciones tajantes. La primera fue que como, hasta donde sabían, las únicas agraviadas eran mujeres, y por tratarse de algo tan íntimo y personal, el asunto quedaría silenciado para todos los hombres; además dedujeron, sin más razón que su propia intuición, que se trataba de un ladrón y no de una ladrona. La otra resolución fue integrar una comisión de vigilancia que se encargaría de reportar cualquier cosa sospechosa para comunicarla en la próxima junta. Evidentemente, dicha comisión quedó al mando de Irma, auxiliada de Cuquita, pues eran las dos personas que mayor información tenían de los ires y venires en el edificio. Un par de vecinas más, comprometidas con la causa, decidieron unirse también.

La comisión de vigilancia trabajó arduamente en los días siguientes. Irma incluso comenzó una bitácora en una libreta en donde anotaba cualquier cosa que le parecía inusual. Pero nada sucedió. Nadie había podido detectar ninguna presencia extraña en ningún horario y las desapariciones de ropa interior cesaron, sobre todo y en gran medida porque la sospecha, que se apoderó de las mujeres de aquel edificio que seguían preguntándose quién había tenido el mal gusto de robar sus prendas íntimas, las llevó a dejar de tender su ropa en la azotea. Lo cierto es que nunca llegarían a desentrañar el misterio a pesar de que numerosas tardes tuvieron juntas en las que tramaron teorías cada vez más complicadas sobre el ladrón.

Pedrito vive en la casa que se encuentra al final de la calle Perejil. Cuando su dueña le canta “Amorcito corazón” mueve la cola y da brinquetes, sube a la azotea y desde ahí salta a través de un par de tejados para llegar a la azotea del edificio del número 32. Pedrito llega ahí porque siempre encuentra los tendederos de ropa tan llenos, que por el peso bajan a una altura tal en la que su estatura de cánido le permite coger entre sus dientes alguna prenda que se lleva de vuelta a su azotea, en donde juega a arrastrarla, la despedaza y, cuando queda hecha jirones, la entierra en alguna maceta para que nadie descubra su travesura. Pedrito tiene predilección por las prendas ligeras y pequeñas, pues son con las que puede divertirse sin mayor dificultad. A veces se lleva playeras y calcetines que nadie nota, pero la ropa interior... ¡Qué escándalo por la ropa interior! 📍



Pabellón D, habitación 9

GUSTAVO GARGALLO

Llevo amarradas las muñecas a los párpados.
Cosieron mis labios con pastillas
para que mis palabras no sangren al mirarse en el espejo.
Hay una soledad tan blanca que es insoportable.
Sólo uñas desollando las paredes.
Sólo paredes cercenando uñas.
Las horas se cuelgan con las últimas sábanas,
los hijos muertos conviven con sus madres.
Las camas son islas de manos, de piel,
de cuerpos cortados por ojos que nunca parpadean.
Montañas de cabello hacen un monumento a la desesperación.
Mi mejor amigo se destroza el cráneo contra el suelo,
en su sangre nacen luminosas flores.
La criatura del segundo piso también llora,
de sus cuencas brotan frías cucharas de metal
con las que masticamos los últimos pedazos de la noche.
Un sacerdote sin brazos nos habla del evangelio,
la multiplicación de las pastillas,
Dios viene caminando entre las aguas de estos vasos.
Las rodillas me oprimen los oídos,
mis lágrimas saben a antiséptico.
Desciendo por el pasillo a un mundo que desconozco.
El rostro en el espejo sigue mirándome
antes de arrancarse los dedos con los dientes.





SERIAL EXPERIMENTS I.G.M.

IVÁN GARCÍA MORA

LAYER: 03/PSYCHE

La cosa es:
¿qué se necesita para abandonar
el cuerpo sin abandonarlo?

Quiero decir
yo llevo un objeto sonoro
que me regaló mi abuelo
en un sueño:
una gran fiesta en casa
los rostros de mis tías difuminados
mamá y papá ausentes
yo con dirección a la salida
antes de abrir la puerta negra
el abuelo en el sillón
me imanté a su cuerpo como una sanguijuela
y de repente mi cabeza llegaba a su pecho
su ritmo cardiaco era fijo
(ni pensar en la gangrena
ni en mi madre llorando
en un camión rumbo a Nayarit)
su latido era un martillazo
en mi cabeza
un martillazo suave que todavía

Have you gotten inside it?

Taro

me acaricia
“¿Cómo suena?” me preguntó

Me lanzó estas palabras
como quien lanza un sombrero
y por algún aire denso
o alguna parálisis del tiempo
el sombrero nunca termina de caer

Me lanzó un talismán sonoro
una isla
un disfraz
un disparo a la conciencia
un tercer brazo para sostenerme
en el barandal del Tiempo
una llave a lo que se esconde
detrás de mi sombra.

LAYER: 05/DISTORTION

*An event first come into existence
when there is a prophecy.
Serial Experiments Lain*

Lado A

En mis mejores días
me entrego a la sabiduría de los objetos
acudo al supermercado
a lamerlos con la mente:
latas de frijoles
shampoos para los que no me alcanza



el pan tostado que tanto
le gustaba al abuelo
la botella de whisky que mi tío Rubén
me ofrecía cada 31 de diciembre:
los lamo hasta perderme
hasta el clamor de una conciencia sin palabras.

Lado B

Según el Manual MSD
la esquizofrenia se caracteriza por:

Pérdida de contacto con la realidad (psicosis)

(las dos veces que he sentido
el peso del abuelo
al sentarse junto a mí
después de apagar la luz del cuarto)

Alucinaciones (por lo general oír voces)

(como yo que me quedo a media calle
viendo volar a una parvada de palomas
y de sus alas brotan las risas
de mi tío Oni mi tío Rubén
mi tía Rosa mi abuelo)

Falsas creencias firmemente sostenidas (delirios)

(la vez que sentí mi cuerpo
aplanarse bajo tierra
junto a mi tío Rubén)

Alteraciones del pensamiento y la conducta

(a los 13 años acercarme al féretro
donde yacía el cuerpo de mi tía Rosa
despedirme de ella sin emitir sonido:
palabras como aves acampando
en un poste de luz)

(un año después la tía
me visitó en un sueño
yo no sabía que era su aniversario
de mimetismo eléctrico).

 Satya Chatillon





5+1

SEBASTIÁN VARO VALDEZ

MARTINA DECÍA QUE ELLA era muy feliz con lo que tenía. Ninguna persona estaba por completo segura de qué era lo que tenía Martina, pero en nadie cabía la duda de que ella era muy feliz teniéndolo. Era la intriga del pueblo. Nadie jamás había presenciado la felicidad en una forma tan pura como con la que se pavoneaba Martina. Sus paseos vespertinos junto al malecón los tomaba con la frente en alto, como si el sol se pusiera con el único propósito de vestirla con los tonos del atardecer. Su voz, si bien era melodiosa y alta, también era segura y sensata, pues cuando hablaba los demás se detenían para escucharla. No había quien se atreviera a callarla, pues además era rápida y locuaz, aún más cuando se ponía a contar.

—Quizás sea su habilidad para los números. En el mercado siempre tiene las cuentas listas antes de que terminen de sumar los vendedores —comentaban sus vecinos cuando se encontraban en La Comidilla, el famoso puesto de helados en el parque central.

—Aunque la he visto usar sus dedos para contar. Yo a eso no le llamo habilidad.

—Sí, y cuando llega a su meñique izquierdo lo toca dos veces. Para mí eso es trampa.

—Yo digo que son los guantes. Cuentan que nadie le ha visto las manos desnudas—. Pero cuando todas las chicas del pueblo se compraron los mismos guantes de satín, ninguna de ellas pudo admitir haberse sentido radiante de felicidad. Sin embargo, Martina se pavoneaba con una sonrisa traviesa al observar el mismo color lavanda de sus guantes cubriendo las manos de todas las demás.

Vivía sola. Se había mudado apenas un par de años antes al poblado. Nadie había entrado a su mansión, aquella que, según contaban, había sido adquirida como parte de una herencia.

—Se la dejó su tía que vivía en el extranjero. Eso y montañas de libras, euros y pesos.

Pero muchas poseían suficiente para despilfarrar y, aun así, dejar para dos o tres generaciones.

—Sí, pero eso está a nombre de ella; lo tuyo está a nombre de tu esposo.

—Bueno, de cualquier manera, ninguna mujer joven que esté soltera puede llegar a ser tan feliz.

A excepción de Martina, por supuesto. La joven pasaba sus días caminando despreocupada. Bordeaba los ciruelos junto al estanque del parque central, empapándose de su perfume cuando florecían en invierno; daba de comer a las palomas que le seguían en la plaza y a los cuervos en la capilla. Compraba canapés en la pastelería de Tulio, esos de *prosciutto e fico* que se hicieron famosos cuando Martina comenzó



a pedirlos por encargo especial, y que ahora adornaban todos los días el escaparate de la ventana principal.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! —dijo corriendo una tarde Dieguito, el hijo de la florista del centro, que de pequeño ya no tenía nada porque al dar el estirón el año pasado subió cinco kilos adicionales a los 70 que ya pesaba—. ¡Es el azúcar! ¡Es el azúcar de las conservas!

 Xochitl Se'wa. Libre



Cada otoño, Martina era la primera en pasar por la compota de pera de Josefina. Subía por la mañana la muy empinada pendiente que llevaba a la casa de la señora, y cuando bajaba el tramo, a eso de las tres, ni una gota de sudor que pudiera borrarle la sonrisa en su rostro. A su retiro subían todos los demás porque la mujer de la colina no admitía a nadie antes que a Martina, y era hasta su descenso cuando el resto caminaba sobre sus pasos.

Era lo mismo año tras año y hasta agotar existencias. Bofeados y pegajosos, todos bajaban con su frasco lleno del menjurje que les proporcionaba sólo un breve momento de satisfacción. Nada más que los brillantes minutos que duraba la jalea en las tostadas y en lo que las pupilas regresaban a su tamaño original. Todos lo sabían y, sin embargo, eso no disminuía la fila que se formaba cuando se daba a conocer que los frascos estaban listos para la venta.

—Debe de ser el primer frasco, el que es exclusivo para Martina. Debe de tener algo diferente.

—No. Adal lo probó la vez pasada, cuando se lo recomendó Martina. Dijo que el sabor era el mismo que el del frasco que él había comprado.

—Bueno, pues si no es la mermelada, han de ser los zapatos —alcanzó a comentar alguien en la plaza—. Nadie puede subir ese camino empedrado sintiéndose en las nubes.

—Quizá sea el italiano o el latín, yo nunca he conocido a alguien con la lengua tan fluida en esos idiomas.

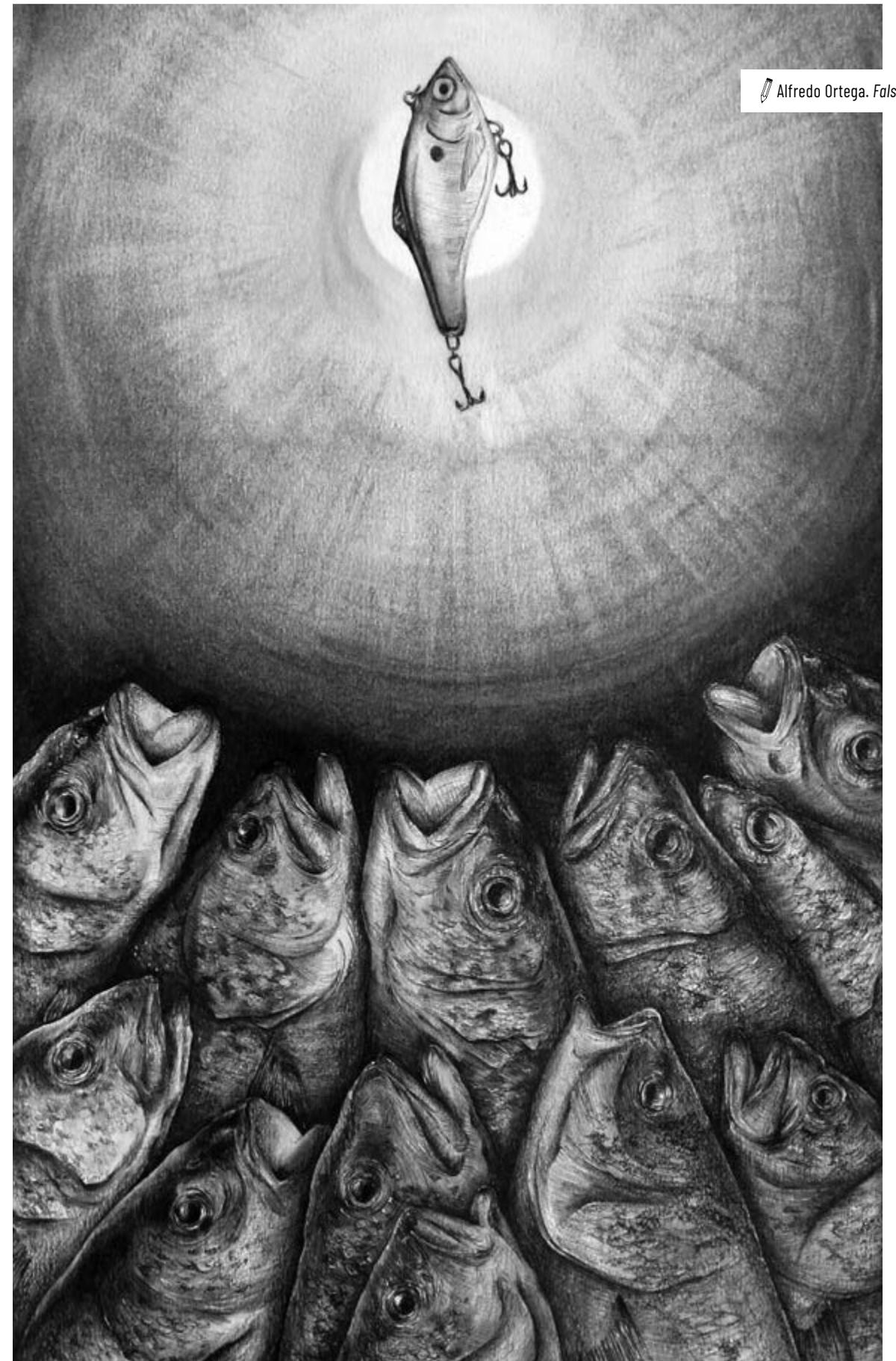
Martina era una mujer instruida. Quienes la llegaban a ver en sus vacaciones en la playa aseguraban que sus vestidos ondeaban al ritmo del oleaje mientras pintaba al óleo y sostenía el pincel de manera cuidadosa evitando mancharse las manos enguantadas; todo al tiempo que intentaba plasmar el faro adornado con las olas que rompían altas y con fuerza en todo su contorno.

Ninguna de aquellas personas comprendía por qué, cuando la pincelada tomaba espacio que no debía, Martina limpiaba su error con una risa muda moviendo la mano izquierda como si espantara algún insecto molesto, con sus dedos bailando en un vaivén despectivo.

El gesto se volvió popular. No en un afán burlón. Las muchachas en el mercado lo imitaban cada vez que se equivocaban con las cuentas. Los chicos en el taller mecánico lo repetían cada vez que un coche no encendía. El panadero lo hacía a carcajadas cuando la masa no inflaba. Y entonces todos en el pueblo comprendieron que quizá lo que hacía feliz a Martina era dejar pasar los malos ratos y tomarlos por el lado bueno.

La conmoción por *el gran descubrimiento* aminoró el alboroto que se formaba siempre alrededor de Martina; mas cuando la joven observaba a los demás realizar su tan característico gesto, sólo reía para dentro, con una amplia sonrisa traviesa en su rostro.

—*Sciocchi!! Ma non sapranno mai che il mio più grande piacere è far ballare il mio dito in più*—. Pues cuando Martina llegaba a su casa y se quitaba los guantes, sobaba con tranquilidad el pequeño dedo adicional que salía de su índice izquierdo. 📍



Alfredo Ortega. Falso ídolo



Lugar común

PAMELA DE LA ROCHA

La hoja desprendida del árbol
flota entre el despojo y lo incierto,
resignada.

Se despide de su puerta al mundo,
cerradura irreversible.

No es huida, sino destino.

Las corrientes de viento
han aletargado su viaje.

¿Hasta dónde llegará su impulso invisible?

¿Se desprende para ir directo hacia la muerte
o quedará suspendida

por un momento

en la palma de tu mano?

Toda hoja merece ser rescatada,
no conformarse;

tomar otro rumbo a pesar de la lluvia
que apresura su paso...

Pero, ¿quién ha podido ir

contra el ciclo natural de las cosas?

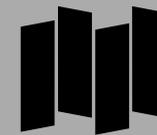
Entre el árbol y la tierra
está la vida,

y la vida es caer

y caer

inevitablemente

hacia lo desconocido.



CARRUSEL

HEREDADES

VIDA Y MILAGROS DE GUADALUPE DUEÑAS,
PATRONA DE LO SINIESTRO
EDUARDO CERDÁN

ENTRE VOCES

HOLA COLLAGE: SIETE AÑOS REARMANDO
EL MUNDO. ENTREVISTA CON SELENE RAMÍREZ
ALICIA SANDOVAL Y HUETZCATZIN CUAYA PALMA

BAJO CUBIERTA

IDAHO DE EMILY RUSKOVICH, O CÓMO
EL SER HUMANO ES UNA GEOGRAFÍA
HOSTIL
FABIÁN TAPIA QUINTERO

EL ÚLTIMO DÍA DE LA VIDA ANTERIOR:
SOBRE ESPECTROS Y DESCONSUELOS
SUSPENDIDOS
DAYANA CAMPILLO



Vida y milagros de Guadalupe Dueñas, patrona de lo siniestro

EDUARDO CERDÁN

DICEN QUE LE GUSTABAN las perlas y vestirse de negro porque a lo mejor guardaba algún luto. Dicen que hacia el final de su vida dejó de tener contacto con la prensa, con sus amigos, porque la fama humana le estorbaba para lo que realmente quería: ser santa. Dicen que su papá, seminarista que desertó, comía gatos después de matarlos con un rifle que le había pertenecido a Maximiliano de Habsburgo. Dicen que nació alrededor de 1910, pero ella declaraba haber nacido en 1920: no hay que empeñarse —escribió— “en poner la edad de las damas, prueba bien dura, porque no hay nada más incómodo que impedirnos disimular los años y hacerles olvidar el tiempo a nuestros amigos”.

Guadalupe Dueñas nació en Guadalajara, Jalisco, en una familia católica, hiperconservadora, más trastocada de lo común. Fue una de los 15 hijos del matrimonio Dueñas de la Madrid, fundado a partir de un crimen que estaba normalizado: el padre, veinteañero, abandonó sus aspiraciones de ser sacerdote y convenció a la madre, quien sólo tenía 13 o 14 años, para que se casaran. En una entrevista de 1993 que luego se publicaría en *El Semanario Cultural de Novedades*, Guadalupe Dueñas le contó a Leonardo Martínez Carrizales: “Mi papá a las seis de la mañana nos levantaba para ir a misa de siete [...], nos despertaba con ‘¡viva Jesús!’, y yo quedito decía: ‘¡que se muera!’; porque me despertaba, tenía frío y teníamos que ir a la iglesia a misa... Todo eso me ponía trastornada”. Ella misma afirmó que la primogénita de su familia —es decir, la hija que la antecede— murió a los pocos días de nacida y sus padres decidieron preservarla en formol dentro de un frasco de chiles. En “Historia de Mariquita”, acaso el más famoso de sus cuentos, se recrea este hecho.

Dueñas se educó en internados de monjas (“ya salí señora grande como de 18 años”, dijo en aquella entrevista) y tomó como oyente las clases que le interesaban



Autor desconocido / CNL-INBAL

en la UNAM. Asistía a tertulias con Octaviano Valdés, Emma Godoy, Fausto Vega y Agustín Yáñez, entre otros, y frecuentaba de manera esporádica a escritores como José Gorostiza y Rosario Castellanos, quien murió distanciada de Dueñas. “No, no hablo de su muerte, porque ‘morir no es una ausencia, sino una presencia en otra parte’. Hablo de nuestra vieja amistad, rota en la vida y que reanuda en la muerte”, escribió en un texto sobre la chiapaneca. Cuando era adolescente, Guadalupe Dueñas le mostraba sus cuadernos de memorias a su tío Alfonso Méndez Plancarte —sacerdote y crítico sorjuanista—, quien prácticamente le ordenó que se dedicara a la prosa, “ya bastante poética”. “Nunca vayas a publicar un verso”, le dijo. En esos cuadernos tempranos se apreciaban ya los oficios de Dueñas como “maga infernal” (así la definió Pita Amor), a un tiempo candorosa y cruel. “Yo decía: ‘hoy es lunes, aquí no pasa nada, ni va a pasar nunca jamás. Nada, no hay una monja que se muera, no hay...’. Bueno, cosas horribles donde se veía que tenía de veras una maldad pero retedura”, contó Dueñas en la entrevista de 1993.

Gracias a Méndez Plancarte, bajo el sello de Ábside, se editó la modesta *plaque* que reunió algunos de los primeros relatos de la jalisciense: *Las ratas y otros cuentos* (1954). Más tarde se publicarían sus libros *Tiene la noche un árbol* (1958) en el Fondo de Cultura Económica (FCE), *No moriré del todo* (1976) en Joaquín Mortiz y *Antes del silencio* (1991), su regreso al FCE. En general, los cuentos de Guadalupe Dueñas descuellan por su brevedad, sus giros retóricos insospechados, su estilo esmeradísimo, el coqueteo con el ensayo, un humor inteligente y despiadado, a prueba del chiste fácil, así como su interés por lo extraño y por el mundo de la infancia (porque en otras etapas vitales “el ‘estro’ se apaga, la imaginación se consume, los hechos se entiesan”). Ratas, piojos, arañas, duendes, fantasmas, niños crueles y animales alegóricos —como vacas y chimpancés— son algunos de sus personajes.

Dueñas también dictaminó obras de teatro para el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), trabajó como “censora cinematográfica” en la Cineteca Nacional y escribió guiones de telenovelas para Ernesto Alonso. Gracias a esta última alianza nacieron, por ejemplo, *Las momias de Guanajuato* —a partir del cuento “Guía en la muerte” de Dueñas— y la telenovela histórica *Maximiliano y Carlota*, censurada en el sexenio de Díaz Ordaz porque pintaba a Benito Juárez como el villano. Beatriz Espejo cuenta que la tapatía estaba tan fascinada, aun conmovida, con la figura del emperador, que tenía un retrato de Maximiliano en su casa.

Guadalupe Dueñas dejó una novela inédita, *Memoria de una espera* —también anunciada como *Máscara para un ídolo*—, con una trama absurda en la que un grupo heterogéneo de personas termina por hacer una sociedad mientras hace antesala para visitar al Ministro, una suerte de Godot. Escribió este manuscrito mientras fue becaria en el Centro Mexicano de Escritores (1961-1962), junto con quienes se volverían sus amigos: Inés Arredondo, Vicente Leñero, Miguel Sabido —coguionistas de *Las momias de Guanajuato*— y Jaime Augusto Shelley. No publicó la novela, según declaraciones de uno de sus hermanos en *La Jornada*, por un conflicto de interés. El manuscrito critica la burocracia del sistema político mexicano y la autora estaba ligada a dos expresidentes —era amiga cercana de Margarita López Portillo y pariente de los De la Madrid—, así como a Griselda Álvarez —la primera mujer en gobernar un





estado—, quien la invitó a trabajar en el IMSS. En 1977 Jus editó las *Imaginaciones* de Guadalupe Dueñas, un libro híbrido en el que reunió 33 estampas de personajes “admirables” y que, según dijo bien Huberto Batis, tenía “flagrantes desvíos que la amistad no debía obligar”. No sé cómo se le ocurrió a Dueñas meter a Margarita López Portillo y Griselda Álvarez en el mismo saco que Katherine Mansfield y Sor Juana. En 2017, mientras yo escribía mi trabajo de grado sobre Dueñas y Amparo Dávila, hablé con Huberto Batis —poco antes de que muriera— y le recordé lo que él había opinado sobre *Imaginaciones*. “Qué mamada, ¿no?”, fue lo primero que me dijo.

También en 2017, antes de que aparecieran en el FCE las *Obras completas* de la autora —gracias al trabajo de Patricia Rosas Lopátegui—, publiqué en *Confabulario* de *El Universal* un texto entusiasta donde también pasaba revista a la vida y obra —es decir, milagros— de Guadalupe Dueñas, a quien leí en fotocopias y libros de viejo. Pensé que esa compilación serviría para que su obra fuera revisitada, revalorada, como ocurrió con Amparo Dávila a partir de la publicación de sus *Cuentos reunidos* en 2009. No fue así. Para difundir la obra de la jalisciense, sirvió más la reedición de *Tiene la noche un árbol* en la colección *21 para el 21*, también del FCE. Las razones son muy evidentes: unas *Obras completas* de 829 páginas son ambrosía para quienes ya conocemos a Guadalupe Dueñas, pero dudo mucho que un nuevo lector quiera pagar un libro caro con tal de leer “variaciones del mismo tema”, “textos en desarrollo” y “primeras versiones de algunos cuentos publicados” de una escritora que no ha conocido. No pienso que se interese, tampoco, por sus poemas inéditos o por la novela que —como ya he dicho— no quiso publicar. Leer *Memoria de una espera* es como asomarse a *Los murmullos* de Juan Rulfo, un proyecto también trabajado en el Centro Mexicano de Escritores y germen de lo que sería *Pedro Páramo*.

El caso es que ya tenemos ese señero trabajo de archivo que hizo Rosas Lopátegui, los textos que Beatriz Espejo le ha dedicado a Dueñas (en *Seis niñas ahogadas en una gota de agua*, por ejemplo), así como el espléndido *Guadalupe Dueñas. Después del silencio*, coordinado por Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales para la colección *Desbordar el canon* del Taller Diana Morán. Pero hace falta una publicación, con un claro criterio editorial y sobre todo *literario*, que acerque la obra de Dueñas al público no especializado. En 2018, Patricia Rosas Lopátegui me invitó a presentar las *Obras completas* junto con Miguel Sabido y Carmina Narro en el Centro Cultural Bella Época. Ellas y yo



hablamos largo y tendido sobre las facetas inéditas que nos revelaba el volumen, fascinados, mientras que Sabido —además de contar varias anécdotas— opinó que cualquier persona que se dedique a la literatura, si tiene suerte, pasará a la historia con un solo rótulo, y en el caso de Lupita —dijo— su ficha consignará: “Guadalupe Dueñas, cuentista”. Punto.

Hoy creo que, como es muy posible que Miguel Sabido tenga razón, y justamente para concentrar el trabajo cuentístico de Dueñas, valdría la pena hacer una buena edición de sus ficciones breves, más allá de *Tiene la noche un árbol*. Empezaría por atender su tercer y último libro —*Antes del silencio*—, que a mi parecer es el mejor de su producción, ese donde Dueñas creó con éxito personajes fuera de la norma: suicidas, paralíticos, incestuosos... Después de que la crítica tendiera a favorecer *Tiene la noche un árbol*, varios reseñistas opinaron que su segunda publicación —*No moriré del todo*— tenía cuentos contrahechos, apresurados, que no hibridaban bien el relato con el ensayo, o que no se movían con solvencia en la ficción realista. A mediados de los sesenta, en el ciclo *Los narradores ante el público*, Dueñas se refirió a la crítica de esta manera:

Los que se sumaron al coro de alabanzas se olvidan del elogio otorgado al consentido de otrora y con expertísimo estilete comienza una disección terrorífica y el milagro de ayer es un chivo expiatorio al que se le hace pagar muy cara la efímera gloria. Para el crítico, el escritor que se atreve a lanzar su segundo trabajo es un insolente que tiene la obligación ineludible de superarse o morir.

Aunque concuerdo con algunos de esos reseñistas, de *No moriré del todo* yo rescataría una de las grandes gemas del Medio Siglo mexicano: “Carta a una aprendiz de cuentos”, esa extraordinaria *mise en abyme* que parafrasea el famoso decálogo de Horacio Quiroga, y que es al mismo tiempo una *ars poetica* y una lección magistral sobre la escritura del difícil género cuentístico.

Volví a Guadalupe Dueñas para escribir este texto que estoy a punto de terminar. Así, a la distancia, lejos del deslumbramiento inicial y del “imperio de la emoción” — como decía Quiroga—, se me revelan los visos incómodos de la autora, sus prejuicios que salen al paso aun en textos feministas como “Cuento de indios”, problemático desde el título. En esta nueva relectura noté que las fallas de Dueñas en ciertos textos realistas se deben —en gran parte— a que es ahí donde afloran aquellas preconcepciones. Por eso su gracia, su maestría, está en el reino de lo siniestro, en los universos que fundaba su imaginación y que no pretendían emular la realidad. Evito la etiqueta “fantástico” porque no siempre es el caso. A veces no echa mano de los personajes o las situaciones que contravienen las leyes naturales, pero sí se vale de los elementos que trastocan lo “normal” en esas tramas que son su marca de casa, con sombras y ruidos en las habitaciones, con gobelinos y bibelots. Ella misma lo sugirió en 1956: “Quien encuentre en mis escritos un exceso de fantasía podrá pensar que por medio de ella estoy tratando de fugarme de la realidad cotidiana. Ciertamente es una fuga; pero encima de eso, es buscar acercarme a otra realidad más verdadera, más mía. [...] Apenas comienzo a descifrarla”. 



Hola Collage: siete años rearmando el mundo. Entrevista con Selene Ramírez

ALICIA SANDOVAL Y HUETZCATZIN CUAYA PALMA

Hace poco más de siete años, la ilustradora Selene Ramírez quiso reconectar su trabajo con el papel luego de darse cuenta de que casi toda su obra la realizaba de forma digital. Así comenzó a experimentar por primera vez con el collage físico, lo que dio pie a una nueva pasión creativa y a Hola Collage, un proyecto anual para celebrar esta técnica artística en la que se toman pedazos de papeles, imágenes y casi cualquier cosa, para juntarlos y crear una obra, un nuevo significado o una nueva interpretación de nuestro paisaje interior. Este mes de mayo se llevará a cabo la séptima edición de Hola Collage en el Palacio de Minería, la Biblioteca José Vasconcelos y la Librería El Tambor, con un programa que incluye talleres, conversatorios y mesas de collage.

Solías trabajar en formato digital y, años después, retomaste el formato físico. ¿Qué te llevó a encontrarte con el papel?

Mi formación fue análoga. Cuando estudié Diseño todavía no existían todos los programas de hoy. Teníamos algunas materias y cursos que eran análogos. Por ejemplo, cuando tuve taller de cartel me tocó cortar las letras a mano, en papel de algodón. Estoy acostumbrada totalmente a eso. Ya cuando entré al mundo laboral ahí sí todo era digital. Mi primer trabajo fue en un periódico, y ahí no tienes tiempo de esperar a que las cosas se sequen, tienen que estar en un día o incluso en horas. Fue así que entré a este *trend* del trabajo digital; eventualmente, como a los diez años, empecé a sentir esta necesidad. No sé, tal vez había una nostalgia por el papel y por trabajar directamente con las manos.

Pareciera que trabajar collage provoca comenzar a guardar objetos. La obra permite resignificar esos objetos coleccionados...

Pienso que es una acción muy humana. Es la necesidad de darnos una pertenencia. Creo que es algo que sucede desde los tiempos de las cavernas; desde entonces se guardaban y significaban objetos. Guardamos las cosas que nos estimulan o a las que les tenemos cariño. Se me hace muy *naive*, pero, por ejemplo, cuando eres adolescente guardas la cartita del novio o algo que te dio una amiga; le damos mucho significado a esas cosas. Yo vivo en el centro y allí hay muchas personas sin hogar.

Se me hace interesante que esas personas, a pesar de vivir en la calle, llegan a tener una cosa que atesoran muchísimo y la traen todo el tiempo.

En tu vida diaria, ¿buscas objetos para poder usarlos luego en tus collages?

Todo el tiempo. Es un estilo de vida porque vas por la calle y te encuentras una plumita, o vas a comprar algo en la tienda. Puede ser una mercería o papelería, pero también puede ser una tlapalería o cafetería. Yo agarro hasta el papelito de la envoltura. Todo el tiempo estás viendo las cosas que te pueden servir. Aparte, sucede algo muy chistoso: la gente, en el momento en que ubica que eres una persona que trabaja con ciertas cosas, te hace regalos muy extraños. La gente empieza a ver esa posibilidad en ti y te regala cosas que se encuentran o que heredan. Entonces sí hay un cambio en la visión, hay una búsqueda constante.

¿Qué diferencia al collage de otras formas artísticas? ¿Por qué optaste por él en vez de la pintura, por ejemplo?

Me formé como diseñadora y soy ilustradora. Generalmente los ilustradores eligen un estilo o dos y se hacen muy presentes a través de él. A mí me costó mucho trabajo elegir un estilo. Creo que ahí hay algo de divergencia en mi cabeza que hace que me cueste mucho trabajo escoger. Entonces a mí el *collage* me permite tener mucho margen para elegir; las opciones siempre están abiertas y es lo que encuentro en él, que no tiene reglas. Eso me gusta mucho de la técnica, la libertad de que siempre tienes chance de hacer lo que quieras, no hay reglas. Me parece fascinante.

¿Has encontrado que el collage te ayude a resignificar o aproximarte a los objetos de una forma distinta al arte digital?

Sí, totalmente. A veces el *collage* tiene sus limitantes. Por ejemplo, cuando estás haciendo algo digital lo puedes girar, colorizar, crecer, reducir. Lo digital hace que tu cabeza funcione diferente, te fuerza a que tengas un proceso distinto. En el caso del *collage*, te pide una atención especial. Por ejemplo, si recortas algo en digital, siempre hay vuelta atrás, pero cuando estás trabajando con un objeto tienes que ser muy cuidadoso en





lo que vas a hacer. Hay materiales que son muy antiguos y si los cortas mal se pueden trozar y ya no lo podrás reparar. A veces en los talleres les digo que hagan primero la composición, y cuando ya estén seguros, tomen una foto y después peguen. Porque a veces pasan accidentes y eso ya quedó ahí pegado. El *collage* pide un respeto al material.

¿Qué piensas respecto al collage como una forma de arte que puede ser terapéutica?

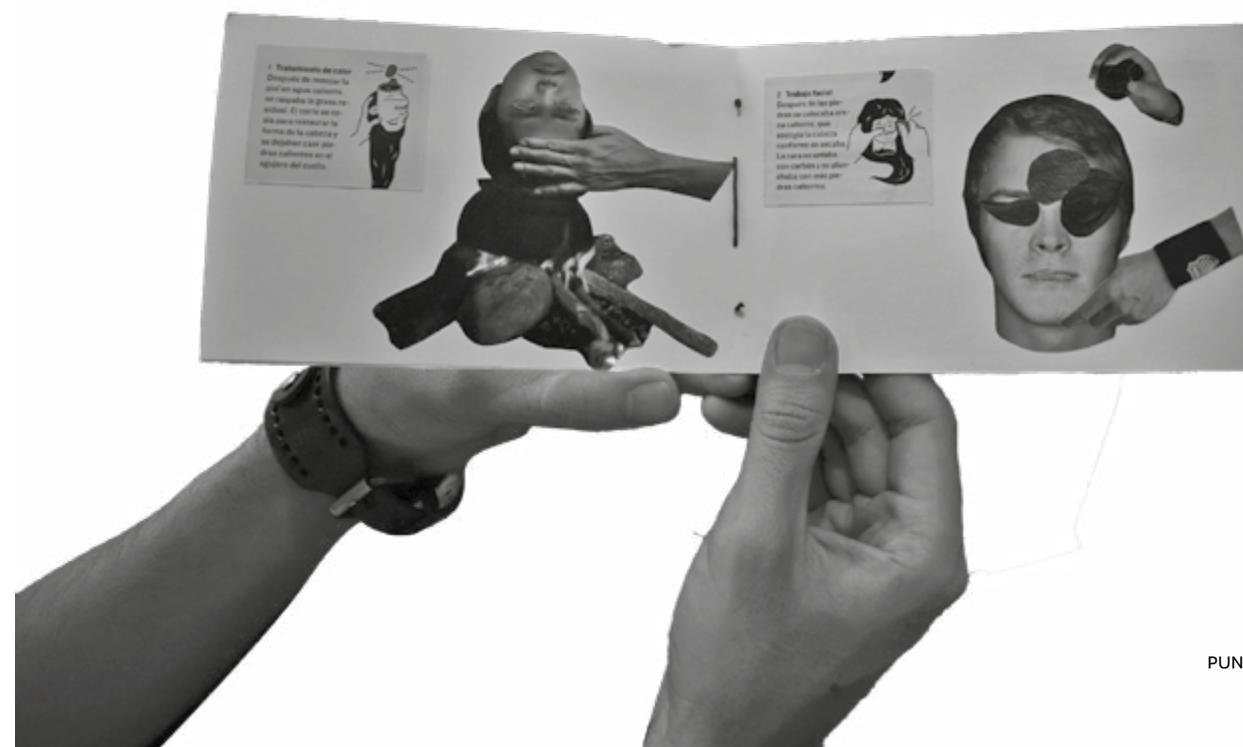
La defiendo mucho. Mi idea es que todo el mundo se acerque. La idea de *Hola Collage* siempre ha sido reunir a la comunidad que hace *collage* y que se acerquen quienes quieren aprender más sobre esto. Defiendo las dos partes: hay gente que puede hacerlo de un modo más profesional, tanto en ilustración como en arte, y me parece muy importante reconocérselos, porque también es una técnica poco reconocida dentro de lo artístico. Pero también me parece importante que no olvidemos que hay gente que no se dedica a esto y que, sin embargo, la ha sacado de situaciones muy duras en la vida. Hay momentos en los que están en una crisis y hacerlo les ha ayudado. Uno de los objetivos al organizar el evento es que no se nos olvide que

somos una comunidad en la que coexisten estos dos puntos, la importancia que tiene y lo amplio que es tanto en la expresividad como en la libertad; es un arte que muy abierto... Quien quiera hacerlo, que lo haga. Con que tú recortes y pegues, ya es *collage*.

¿Cómo comenzó la idea de organizar Hola Collage?

Todo inició cuando vi una publicación de la revista *Kolaj Magazine* en la que invitaban a organizar algo en tu ciudad para festejar el día de *collage*, que se celebra cada segundo sábado de mayo. Se me ocurrió hacer una reunión y llegaron aproximadamente diez personas. Para mí fue muy lindo encontrar a otras personas que también hicieran *collage*. En 2019, con el mismo formato de reunión llegaron unas 20 personas. Iba creciendo. Por eso, al año siguiente, hablé con Palacio de Minería para pedirles un espacio más grande. Pero, aunque me lo dieron y ya habíamos comenzado con la planeación, llegó la pandemia y tuvimos que cancelar el formato presencial. Lo único que pudimos hacer fue un video-tutorial.

Para el 2021 queríamos volverlo a hacer en Palacio de Minería, pero todavía no estaba todo listo, así que, para no perder la continuidad, organicé un intercambio de material (con la *Kolaj Magazine* a nivel mundial) y una clase en línea. Tuvo mucha participación porque la gente estaba buscando este tipo de actividades. Durante la pandemia creció mucho la comunidad del *collage*, porque a todos nos sobraba tiempo, no sabíamos qué hacer y es muy accesible. Además es una técnica que no te intimida tanto, en la que le pierdes más fácil el miedo a la hoja en blanco, y que te ayuda a sacar lo que traes atorado. Es muy terapéutico. Y el intercambio de material también fue muy bonito porque, luego de estar tanto tiempo sin salir y sin tener contacto físico, te llegaba algo a tu casa y te emocionabas.



Al año siguiente ya pudimos hacer el evento presencial en Palacio de Minería y llegó muchísima gente, más de 100 personas. El programa fue un taller, una plática y mesas para hacer *collage*. Estábamos muy contentos de conocernos en persona los que habíamos participado anteriormente en las ediciones en línea. Para el 2023 también tuvimos mucha afluencia, y lo nuevo fue que sumamos a nuestro programa un taller para infancias.

Respecto a la edición de este año, se dice que será un punto central remarcar la importancia del objeto y su búsqueda para la realización del collage, una especie de ritual. ¿Podrías platicarnos un poco más al respecto y por qué es significativa la exploración de materiales?

Este año quisimos hacer algo un poco más en forma. Aunque ya había un concepto, poder armar el programa nos dio chance de que hubiera variantes. Tuvimos la idea de poner un tema en específico, y para mí era importante hablar otra vez de esta



materialidad, afirmarla en la búsqueda del objeto como parte del proceso. A veces les digo que es como una caza del objeto. Yo digo que el 50% del *collage* es encontrar las cosas y tenerlas. El otro 50% es recortar, seleccionar y armarlo. Como la mitad es la búsqueda, me parecía muy importante que habláramos de eso.

¿Cómo vives personalmente esta cacería de objetos?

Creo que es algo muy intuitivo. Que para todos es así o al menos para todas las personas que hacen *collage* es así. Empiezas a juntar cositas por todos lados y ahí las tienes, son parte de tu vida. Muchas de las personas que lo hacemos tenemos un montón de papeles y objetos en nuestras casas. Estamos en la línea entre el acumulamiento y el coleccionismo. Yo ya tenía estos procesos entendidos para mí misma, esta relación entre que me gustaba ir juntando cosas, objetos, recortes y demás, pero cuando empecé a conectar con la comunidad del *collage* me di cuenta que esta particularidad no era sólo mía. Entonces creo que es un punto muy importante para la comunidad, incluso una parte identitaria.

¿Qué novedades sucederán este año? En su programa mencionan que habrá un intercambio artístico con Colombia.

Este año el proyecto es mucho más grande, de más de un día y con más de una sede. Habrá talleres, un conversatorio y mesas de *collage*. Queremos que esta edición sea más física, por eso en todas nuestras actividades vamos a hablar sobre los objetos y sobre la búsqueda que se hace. “¿Por qué guardamos lo que guardamos?” será una pregunta que trataremos de responder, en conjunto, con todo el público que nos acompañe. En esta edición también hay un intercambio con Colombia que sucedió porque trabajo con un equipo de gestores culturales que tienden redes para conectarnos y seguir creciendo proyectos. Uno de ellos, en este país, quería hacer algo con nosotros, pero no sabía qué. Lo que se nos ocurrió fue un intercambio de materiales para hacer *collage*, una reapropiación de los objetos que hacemos a través de esta técnica. Invitamos a 17 collagistas de México y cada uno recibirá un paquete con material escogido por otro collagista de Colombia. Con los materiales que lleguen nos juntaremos a rearmar el mundo a través del *collage*. 📍

Hola Collage se llevará a cabo del 5 al 18 de mayo en el Palacio de Minería, la Biblioteca José Vasconcelos y la librería El Tambor. Para más información visita @hola_collage en Instagram.



Idaho de Emily Ruskovich, o cómo el ser humano es una geografía hostil

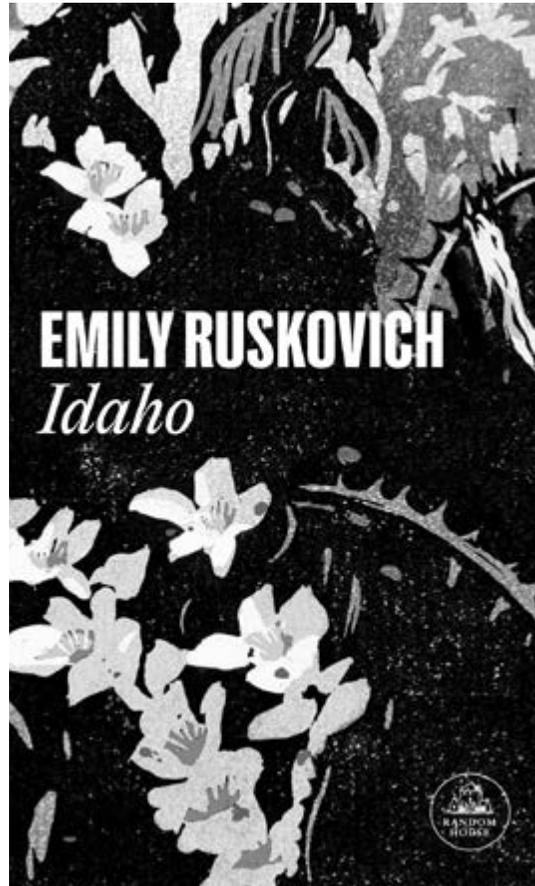
FABIÁN TAPIA QUINTERO

He escrito sobre lo que más miedo me da —confiesa—. Y lo que me da más miedo es un acto que en un instante puede acabar con todo lo que amas.

Emily Ruskovich

En un día cualquiera de 1995 ocurre lo incomprensible. Se trata de una familia cortando leña: dos niñas con su padre y madre. Jenny, la mamá, asesina a una de ellas y la otra huye. Wade, el padre, cae enfermo después del suceso: se trata de demencia. Sus recuerdos se van diluyendo acompañados de estallidos violentos. Ha decidido casarse de nuevo y, mientras su esposa Ann trata de averiguar la verdad, es presa de sus brotes.

Ése es el punto de partida de *Idaho*, una excepcional y elogiada novela acreedora del Dublin Literary Award, cuya autora llegó a ser comparada con Alice Munro (la cuentista canadiense acreedora del Premio Nobel de Literatura) y Maggie O'Farrell. A esta primera se refiere Ruskovich en los agradecimientos: “Me siento sumamente endeudada con Alice Munro, cuyos relatos seguirán enseñándome, inspirándome y conmoviéndome el resto de mis días”. De igual manera, declaró lo siguiente en *La Vanguardia* sobre su influencia: “Me ha enseñado que las historias más interesantes suelen ser silenciosas. Se dan en gente ordinaria, de a pie, cuyas almas son profundas”¹. Casi con el mismo pulso de Munro, Ruskovich abarca grandes periodos de la vida de sus personajes (de 1973 a 2025), zigzagueando entre años, destapando psicologías y tragedias personales relegadas, mayormente, al olvido o a historias familiares que nadie desentierra.



Idaho

Emily Ruskovich
Penguin Random House
España, 2022, 352 pp.

¹ Núria Ecur, “Emily Ruskovich: De pequeña, podía pasar días enteros sin hablar con nadie”, *La Vanguardia*, 11 de septiembre de 2022.

Idaho es una novela sobre una tragedia, sobre redenciones y sobre la monstruosa hostilidad humana que sale a flote en las situaciones menos pensadas. Desde el esposo con demencia a una madre en prisión que convive con las demás convictas, el poder de disección de la autora norteamericana es tan fuerte que es imposible no sentir empatía, incluso si esa empatía está permeada por un odio que deriva de lo atroces que esos actos nos parecen. Ruskovich nos sitúa no sólo en el alma de quien cometió el crimen, sino en sus pasados virginales y en la luz que titila en sus futuros, vadeando así los extremismos. Sus personajes poseen matices aterradores por la complejidad de sus tiempos, no sólo por sus actos.

Así, por ejemplo, Jenny paga su condena fregando pisos, pero también se interesa en las clases de poesía. ¿Hay cabida para la belleza cuando todo se ha roto? ¿Hay humanidad tras lo inhumano? La misma Jenny parece consciente de su deshumanización: “Elizabeth ha oído contar a otras personas del centro penitenciario, quienes a su vez lo han oído contar a gente de fuera, que durante el juicio, cuando le preguntaron a Jenny si quería pedir clemencia para evitar la pena capital, ella respondió: Desearía que me mataran, pero nunca debería concedérseme nada que desee”. Durante la narración, seremos testigos de su autodesprecio y del insondable abismo de sus razones, aunque este punto se diluya después y pesen más otros motivos. La posibilidad en cuanto a su redención es uno de los puntos focales. Como un centro de gravedad, su acción atrae posibles salvadores, propugna búsquedas y potencializa aquellos hechos pasados por alto.

Hablando sobre la redención, Jenny no es la única que la busca. Ann, la segunda pareja de Wade, es una maestra de piano. Ambos se conocieron gracias a sus lecciones. La relación, sin embargo, pareció arrancar estando él con Jenny, y esa sombra de infidelidad remueve sísmicamente la conciencia de Ann. Tal acto le hace plantearse si ése fue el motivo del crimen y la motiva a una expiación. Por lo tanto, el detonante de la novela siembra inquietudes en todos, remueve conciencias y los hace examinar sus propios desencadenantes. ¿Con qué contribuyen nuestras acciones mundanas a los sucesos más estridentes? Eso es lo especial en el personaje de Ann: no es una simple segunda esposa, es una investigadora incansable ante lo sórdido, lo incomprensible, lo monstruoso. Su culpa no es mínima, en ese sentido. Y su expiación no sólo la involucra a ella. A lo largo de la novela su espíritu como personaje expondrá las luces y las sombras, qué tanto salvan el amor, la compasión, la empatía. Y qué tanto salvan los recuerdos, pues ella será la guardiana de los recuerdos de Wade, quien no sólo ha perdido una familia.

En ese sentido de pérdida material e inmaterial, ¿qué tanto pervive? Ruskovich lo narra sin tapujos tanto en la geografía hostil de Idaho como en la hostilidad de la cárcel y de la naturaleza humana. En *Idaho* confluyen la empatía, la violencia, la pena, la pérdida, la redención y las pasiones viscerales que muchas veces son imposibles de nombrar. Resulta, por lo tanto, una novela repleta de salvajes y atractivos contrastes, fieles al carácter humano



y con una sensibilidad que no distancia ni romantiza. Ante la pregunta de Núria Escur sobre si cree en la redención, la autora declaró: “Incluso para alguien que hizo algo horroroso. Yo sería incapaz de perdonar a mi personaje, pero hay quien puede hacerlo... mis personajes son mejores que yo, ellos saben perdonar”².

Idaho no es una lectura cómoda. Tampoco es una lectura facilista en sus respuestas ni se enfoca en las acciones, sino en la profundidad de ellas y en aquellos a quienes rodean. Es una novela sobre los ecos de una tragedia, la manera en que ésta perdura en la memoria y en las salvaciones posibles. Leerla es ingresar a una vorágine de naturaleza y pulsiones puntiagudas, donde los anhelos o no anhelos, las penas y el consuelo hieren a partes iguales. Emily Ruskovich me ha anonadado con este debut (qué difícil creer que se trata de uno), pues el exotismo lírico en su prosa y la atenta mirada a sus personajes y entornos (psicológicos, emocionales y temporales) atenazan hasta el punto final.

Idaho se inserta como una de las mejores novelas contemporáneas, pues su profundidad asombra, cimbra, y sus incógnitas nos invitan a hacer una tregua con lo que siempre será desconocido. Una humanidad con todo y su carácter atroz, con todo y esas preguntas que no tienen respuesta: “Muchas veces el tema es ése precisamente, cómo salir adelante sin las respuestas”³. *Idaho* es una novela a la que se ingresa como a un túnel en el cual los rayos de sol entran despacio. Son rayos que no fulminan, y que tampoco iluminan todo el terreno de súbito, pero que despejan sombras a cuentagotas. Y el resultado es maravilloso porque todo se ve mejor con esa lentitud iluminadora, incluso el horror, ese horror del cual todos podemos ser parte en cualquier momento. Ese horror que puede ser volátil para más vidas de las pensadas. 📖

² Ídem.

³ María Viñas, “Emily Ruskovich: Nunca hay un motivo para matar a un niño”, *La voz de Galicia*, 24 de septiembre de 2022.

El último día de la vida anterior: sobre espectros y desconsuelos suspendidos

DAYANA CAMPILLO

El fantasma, figura errante, suele ser representado en la literatura como un ser intangible y doliente, cuya presencia se perpetúa en el tiempo y carga, en su etérea condición, el deseo de manifestarse a los vivos, sea en afán de insuflar miedo, provocar daño, tratar de comunicarse o resignarse al estado espectral condenatorio como un eco perdido.

Un punto en común de la mayoría de los fantasmas literarios es su capacidad de transgredir las leyes de la naturaleza en el mundo en el que los vivos nos movemos, en particular las del espacio-tiempo. Sin embargo, también compartimos afinidades con ellos: vagamos indeterminadamente, arrastramos resonancias del pasado suspendido, fijo, en la carne y la memoria.

En este sentido, el escritor español Andrés Barba (1975) configura lo fantasmagórico en los derroteros de la cotidianidad y, lejos de la autoficción, se vuelca de lleno a la ficción clásica, como él mismo afirma: “He intentado regresar a la realidad haciendo una apuesta doble a la ficción”¹. En la novela *El último día de la vida anterior* se sumerge en el relato fantástico *ab ovo*: una agente inmobiliaria limpia la cocina de una casa en venta mientras espera la visita de unos clientes, pero se encuentra con un niño de siete años que la observa, sin pestañear.

Esta primera confrontación no le suscita miedo, aunque sí incertidumbre por cierta angustia que percibe en el infante. El asombro, temblor y espanto viene después, cuando retorna al día siguiente a la casa desocupada y descubre no al niño en la cocina, sino su propia imagen, un *doppelgänger* que repite en bucle los gestos que ella hizo y las palabras que profirió un día antes. De esa manera



El último día de la vida anterior
Andrés Barba
Anagrama
España, 2023, 144 pp.

¹ En entrevista con Ignacio Romo, para la revista *Ethic*, 8 de marzo de 2023.

intuye que su “reflejo” guarda una relación con aquel ser espectral del día anterior.

Barba apuesta por una narrativa concededora de las fórmulas del fantástico moderno, donde el argumento fantasmal y el del bucle de la empleada inmobiliaria ingresan a una atmósfera no tétrica ni horrorizante, sino a un ambiente ordinario en el que sucede lo insólito. Un ambiente que pasa por un filtro interiorista, de rastreo psicológico, donde lo medular son las intrincadas emociones humanas: la apatía, la desconexión social, la incomunicación y, el elemento más notable de la novela, la ayuda incondicional de una persona que ve en otra el desconuelo de la culpa, la soledad de la incompreensión.

La agente inmobiliaria, cuyo nombre no se dice, se desenvuelve en una inapetencia emocional que se sugiere a nivel verbal cuando su pareja es mencionada, a lo largo y ancho del texto, sólo como “el hombre con el que vive”; sujeto que confiesa nunca haberla conocido en realidad ni haberse compenetrado con ella, más allá de una simpatía y atracción. Ella, en cambio, “no siente amor, ni desamor. No siente nada. [...] no siente dolor. No siente apego”. Comprende mejor una casa, las huellas que dejaron sus habitantes, sus virtudes y deterioros que a las personas que cruzan por su vida o que habitaron esas cuatro paredes.

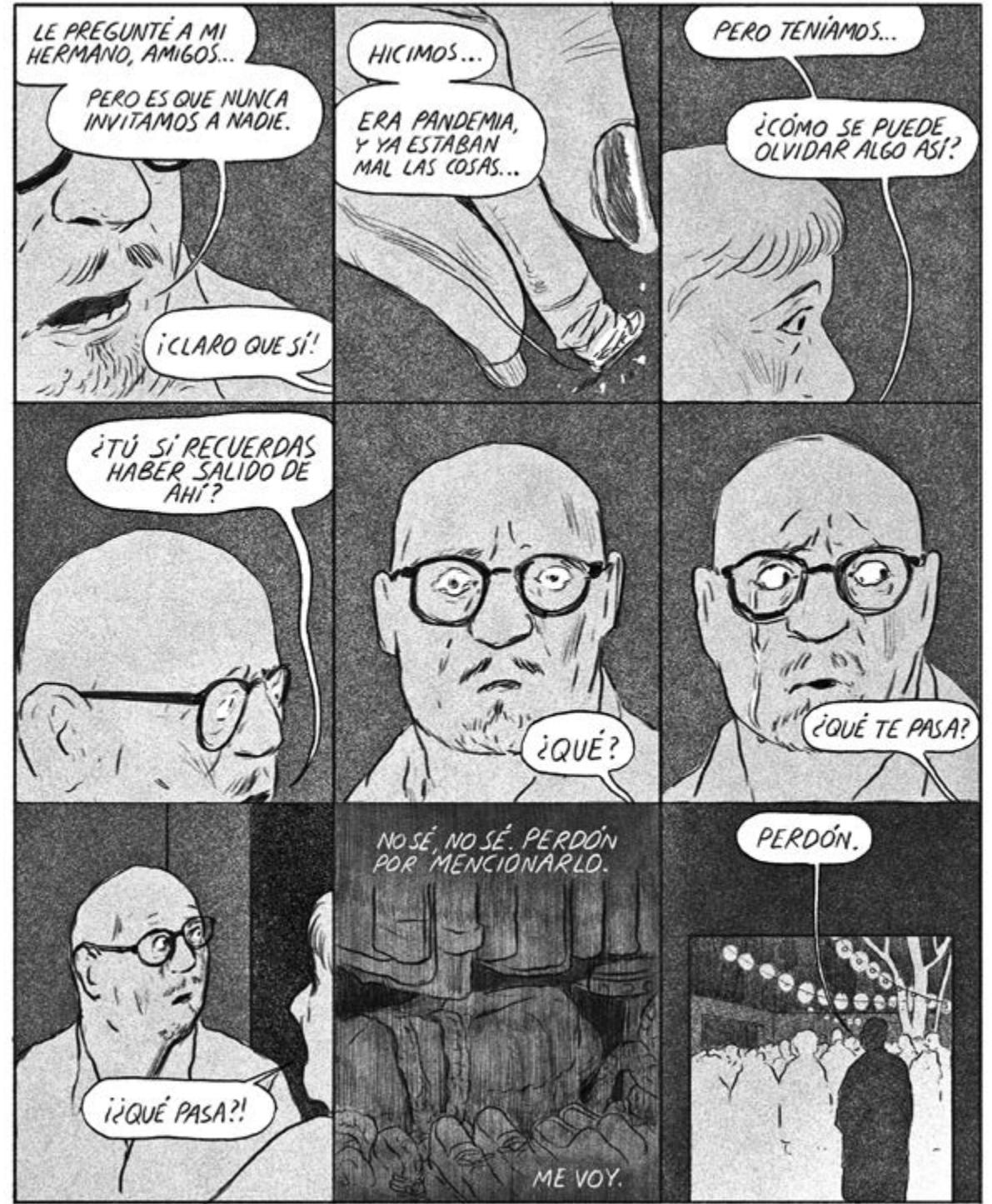
La primera parte de la novela se estructura a partir de la interacción de la agente con los operantes fantásticos (el niño, el reflejo-bucle), con descripciones y analepsis de la rutina laboral, familiar y sentimental, tan inestable e inconsistente como todo lo de índole sobrenatural que sucede en el libro. A pesar de esto y de las asperezas que podría conllevar interactuar fatalmente con lo que no entendemos, es decir, lo sobrenatural y quiénes somos, la radical belleza que Barba plantea se orienta en la capacidad de ayudar al otro.

El personaje principal no es entrañable ni pretende Barba dotarlo de una personalidad apasionante,

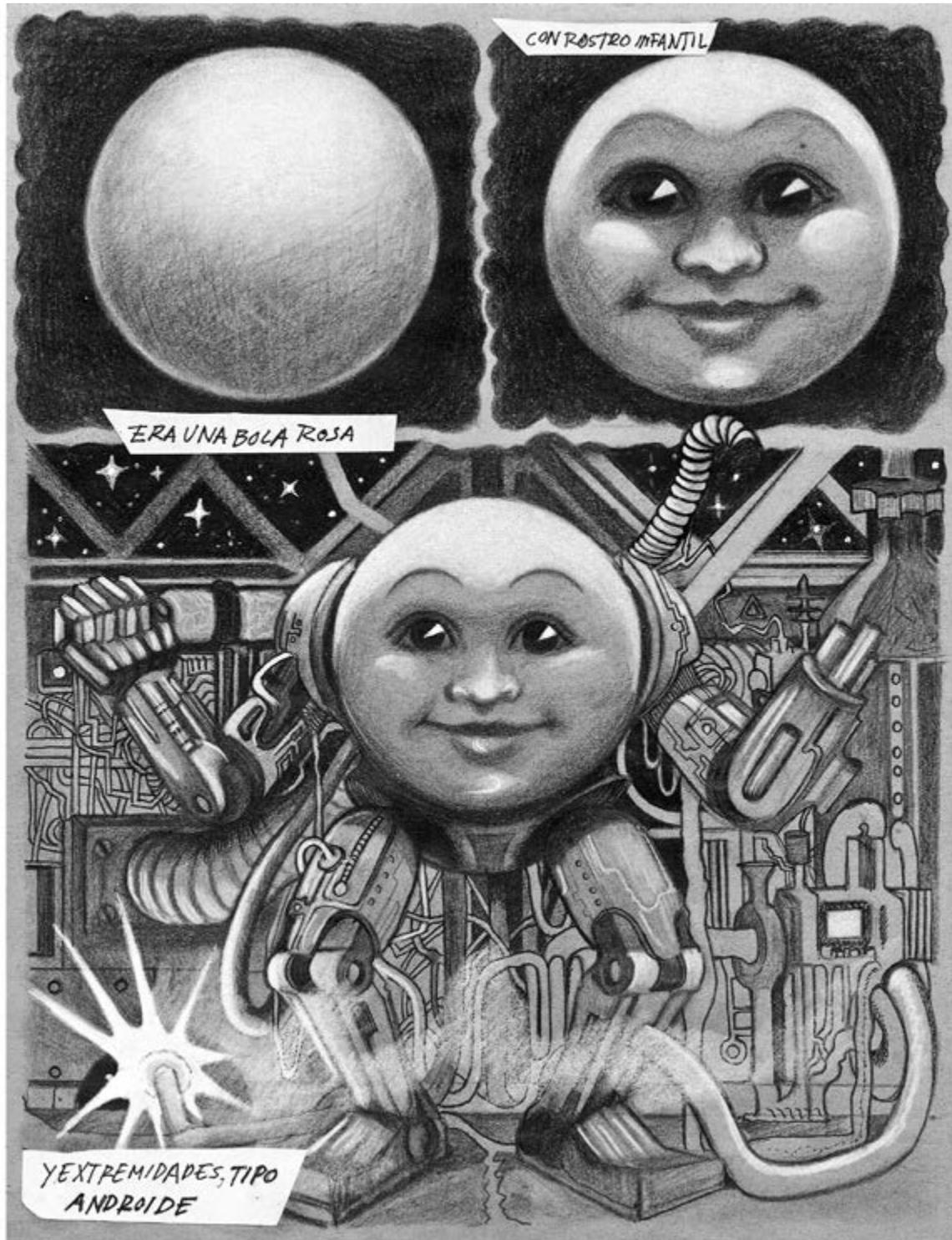
pero se interna con hondura en su desapego tanto por las relaciones interpersonales como por su vida en sí. Por otro lado, el niño fantasma sigue la tradición de los espectros inocuos, no busca entregar grandes revelaciones como el padre-alma en pena de Hamlet ni es una entidad amenazante de la talla de Emeric Belasco de *La casa infernal*. El pequeño se asemeja más bien al quejumbroso fantasma del magnífico cuento “La puerta abierta” de Margaret Oliphant, que se hace presente y afecta la existencia del hijo del narrador por medio de un llanto que se debe a un sentimiento de culpa por no estar junto a su madre moribunda. Así también le ocurre al pequeño espectro de *El último día de la vida anterior* con su progenitora a causa de un distanciamiento físico y anímico provocado por una amarga discusión de palabras y actos hirientes.

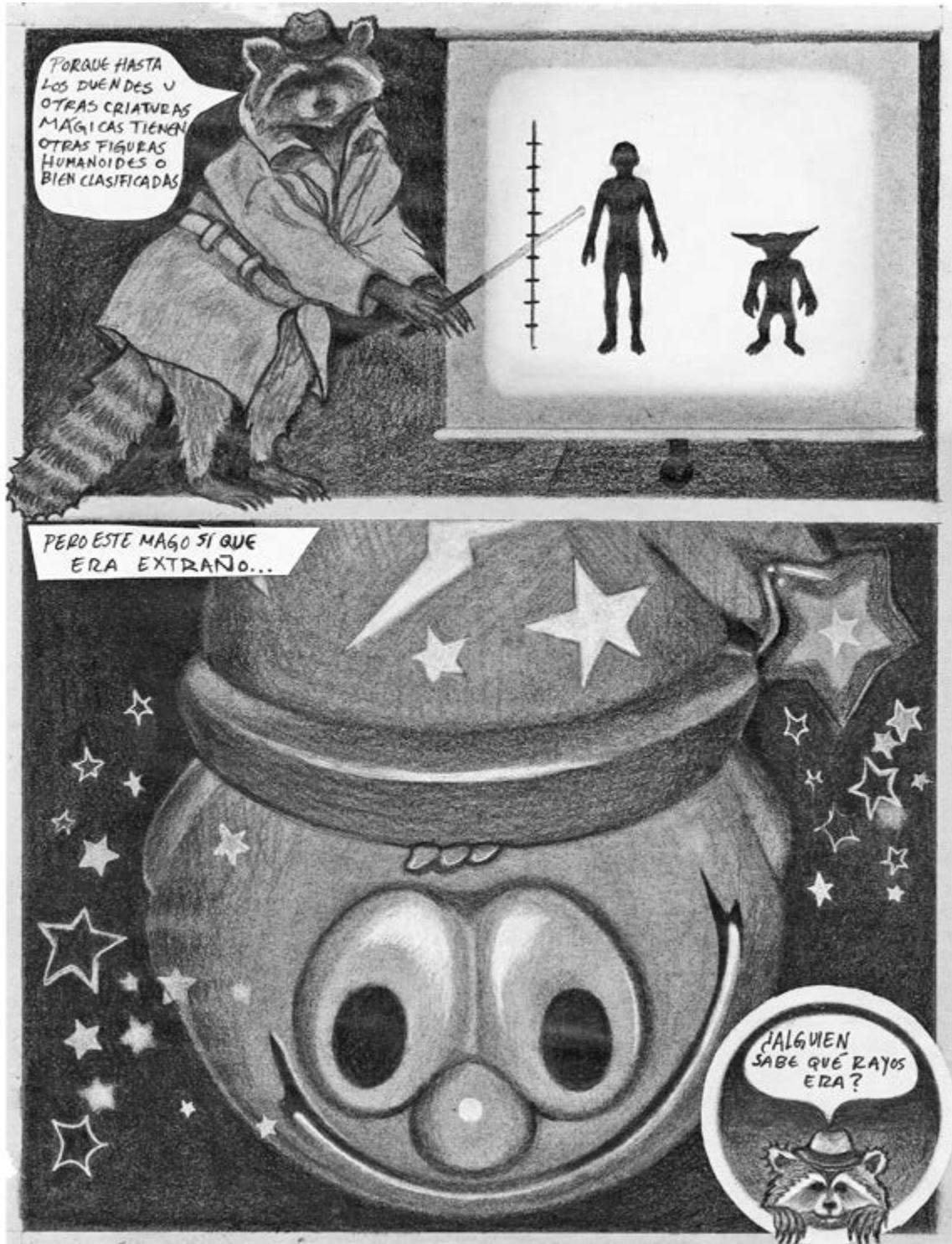
El vínculo esencial de la agente inmobiliaria y el niño se explica con una lírica frase de Barba que no se refiere a esta dupla: “La muerte es persistente, pero la vida más. La vida engulle la muerte del perro como lo banal engulle lo solemne”. Luego, ella entiende que el infante no es un espectro, más bien es “una criatura atrapada y viva, como una avispa en una garrafa de cristal”. Entonces, Manuel, como descubrimos que se llama el niño fantasma (¿o no fantasma?), no engulle la muerte, sino la vida, en la medida exacta en que la agente inmobiliaria engulle la propia. Me explico: en esta novela las emociones no resueltas, como el miedo a sentir, a mostrarse vulnerable, la humillación y el remordimiento son los verdaderos espectros que los confinan. “Un niño la ha sacado de la vida. Un niño la ha devuelto a ella” es la entonación crucial de esta sensible y atípica novela de fantasmas-humanos, emociones inestables, espectros que se auxilian: la humana al niño atado a un espacio-tiempo anormal y viceversa, en un vínculo de calidez fantasmal. P











• COLABORADORES •



© Miguel Ángel Aguilar Mancera

Ana Saldaña
(Ciudad de México, 1995). Licenciada en Lengua y Literaturas Modernas Alemanas por la UNAM. Ha publicado en *Punto de partida*, *Ágora*, y es parte de *Novísimas: Reunión de poetas mexicanas Vol. II* (2021) y *Boundless* (2023).
@noctambulismo



Erick Rodríguez Díaz
(Ciudad de México, 1994). Estudia la maestría en Ciencias Sociales y Humanidades en UAM-C. Le interesan el ensayo, la poesía y las artes plásticas.



Gabriela García Ramírez
(Ciudad de México, 2000). Estudiante de Sociología en la FCPyS, UNAM. En 2022 formó parte de la tercera generación de la Unidad de Investigaciones Periodísticas de CulturaUNAM.
x gabygrz



Ana Basilio
(Poza Rica, 1992). Estudió Letras Hispánicas en la UAM y Derecho en la UV. En 2023 publicó *Retorno de Saturno*, *Doña Jetas 3000* y *Nadie sabe hasta dónde llegan las flechas de Sagitario*. Es parte del taller de poesía de *Grafógrafxs*.
@princesadelapio amantenitrogeno



Gustavo Gargallo
(Morelia, 1997). Músico y escritor. Estudió Literatura Intercultural en la UNAM. Ganó el tercer lugar del Premio Nacional al Estudiante Universitario de la UV en 2022. Es autor de *Fui noche en la memoria de la lluvia* (2023).



Roberto Christian Vázquez
(Ciudad de México, 1991). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Fue becario de la FLM en Ensayo. Es coordinador de edición en la Enciclopedia de la Literatura en México.



Mario Ulises Maya Martínez
(Guerrero Negro, 1989). Doctor en Psicología Social por la UNAM. En 2023 recibió el Premio Estatal de Poesía José Alberto Peláez Trasviña por su obra *Ikebana*.
@mariomayamar



Hannah Manjarrez
(Ciudad de México, 1994). Ensayista, financiera y mercadóloga. Estudia el Diplomado en Escritura Creativa y Crítica Literaria en la UNAM. Ha publicado en *El Supuesto*, *Pirocromo* y *El Obelisco*.
x LaHanniuxxM @hannahmanjarrez



Ana María Rojas Mellado
(Ciudad de México, 1993). Historiadora egresada de la UNAM. Actualmente realiza estudios de posgrado. Entre los temas de su interés se encuentra la historia de las mujeres y la criminalidad.
x romel_anna



Iván García Mora
(Tijuana, 1993). Músico y escritor. Ha publicado en *Plástico*, *Neotraba*, *Digo.palabra.txt*, *Grafógrafxs* y *Low-fi Ardentía*. Es autor de *Tadoma* (2020) y *Seis posibles razones por las que mi abuelo decidió vivir en un cajón* (2022).

• COLABORADORES •



Sebastián Varo Valdez
(La Paz, 1995). Graduado del Diplomado en Creación Literaria de la Escuela de la Sociedad General de Escritores Mexicanos, cuenta con varias publicaciones en revistas electrónicas.



Eduardo Cerdán
(Xalapa, 1995). Autor de tres libros y compilador de una antología. Estudió la maestría en Literatura Comparada en la UNAM. Finalista del Concurso Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés, ha sido becario del FONCA, del PECDA y del programa de verano de la FLM.
@ ✉ eduardo_cerdan



Huetzcatzin Cuaya Palma
(Puebla, 2000). Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL, UNAM. Colabora como docente y promotora de lectura en Calpulli de los niños A.C., donde gestiona proyectos de difusión cultural.



Dayana Campillo
(Tijuana, 2000). Licenciada en Lengua y Literatura de Hispanoamérica por la UABC. Es parte de *Cuénticas* (2023), y ha colaborado en *Retruécano*, *Hipérbole Frontera* y *Gramanimia*.

Pamela de la Rocha
(Culiacán, 1994). Docente y escritora. Estudió la licenciatura en Lengua y Literatura Hispánicas en la FFyL de la Universidad Autónoma de Sinaloa.



Alicia Sandoval
(Pachuca, 1991). Comunicóloga por la UNAM. Ha publicado entrevistas, reseñas e ilustraciones en la *Revista de la Universidad de México*, *Punto de partida*, *anDante*, *Máquina de aplausos*, *Ciudad Literaria*, *El Colegio Nacional*, entre otros.
@ adrusba



Fabián Tapia Quintero
(Culiacán, 1997). Es escritor, editor y promotor literario. Licenciado en Letras Españolas por la UACH. Ha sido acreedor de las becas FOMAC y PECDA. En 2019 ganó el Premio Federico Ferro Gay de Ensayo.



• COLABORADORES •

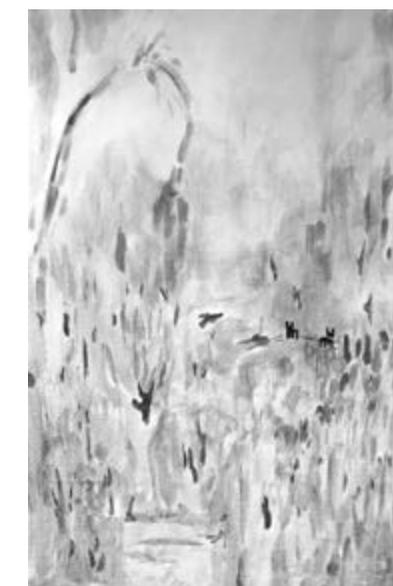
Alfredo Ortega
(Durango, 1993). Licenciado en Restauración de Arte por la ECRO. Estudia la licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas y la maestría en Historia del Arte, ambas en la UNAM. Ha expuesto en Galería Aguafuerte y Foro Cultural Goya.
@ el_fito_ortega



Ana Vargas
(Morelos, 2000). Estudiante de Artes Visuales en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Ha participado en diversas exposiciones y publicado en *Punto de partida* y *Still Listening Magazine*.
@ ana.arras



Laura Xochitl Segura Lira
"Xochitl Se'wa"
(Ciudad de México, 1993). Es profesora de español para extranjeros, escritora, collagista y fotógrafa. Ha publicado en diversos medios electrónicos y físicos, y ha trabajado con Mapa Teatro y Andamio en la creación de obras.
@ sewa.escribe



• COLABORADORES •

○ TINTA SUELTA



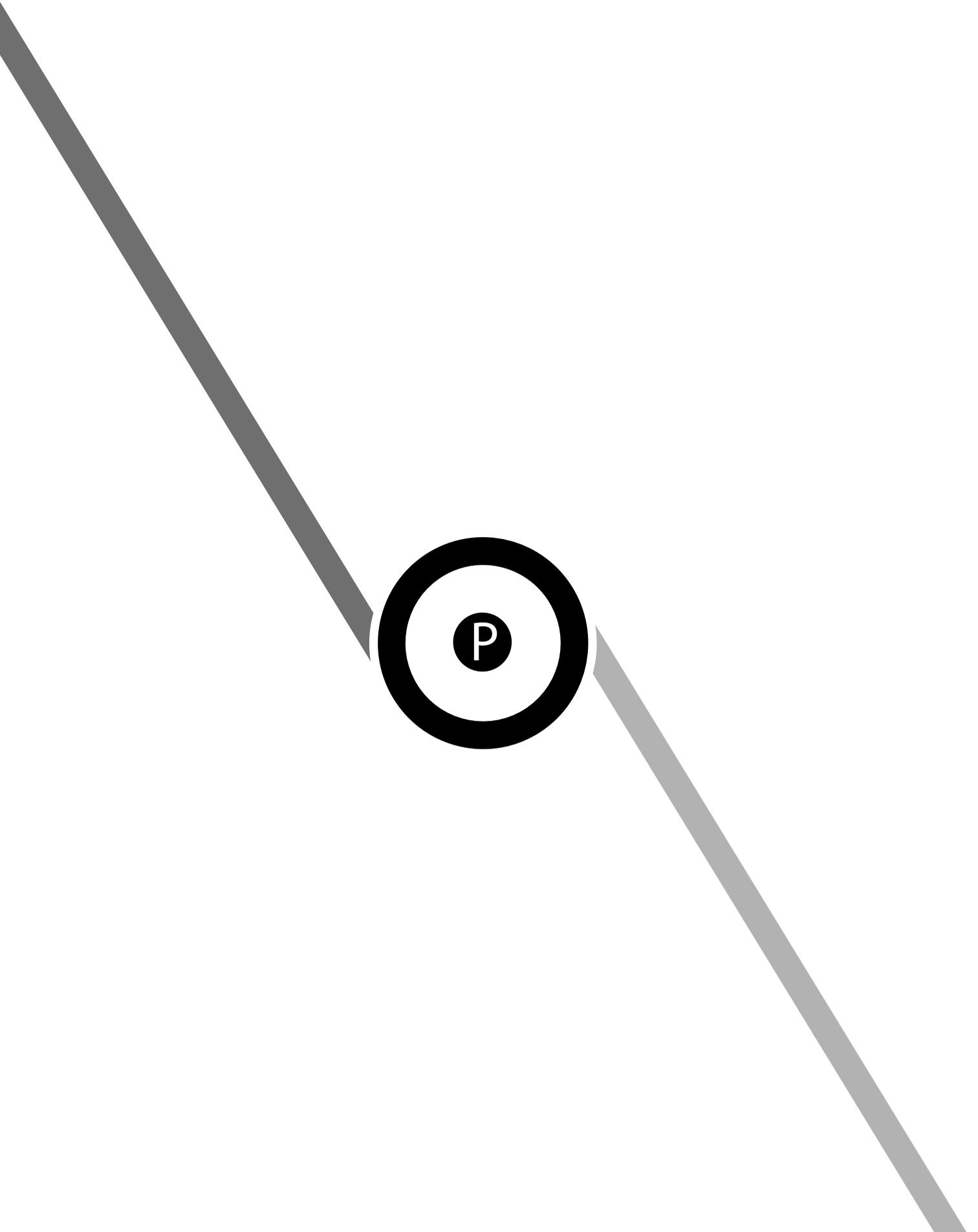
Santiago Moyao
(Ciudad de México, 1993). Ilustrador, ha colaborado en medios como *Gatopardo* y *Punto de partida*. En 2021 ganó el Premio Nacional Novela Gráfica Joven por su proyecto *Mandrágora*, publicado por Tierra Adentro en 2023.
@santiagomoyao
santiagomoyao.com



Trilce Zúñiga Loya
(Ciudad de México, 1993). Estudió Artes Visuales en la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado "La Esmeralda". Es cofundadora e integrante de Islera, proyecto independiente de gestión artística y cultural.
@trilcezu



Laura Daniela Mendoza Lira.
Perdida en las vasijitas de color





LITERATURA UNAM



 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

puntodepartida.unam.mx